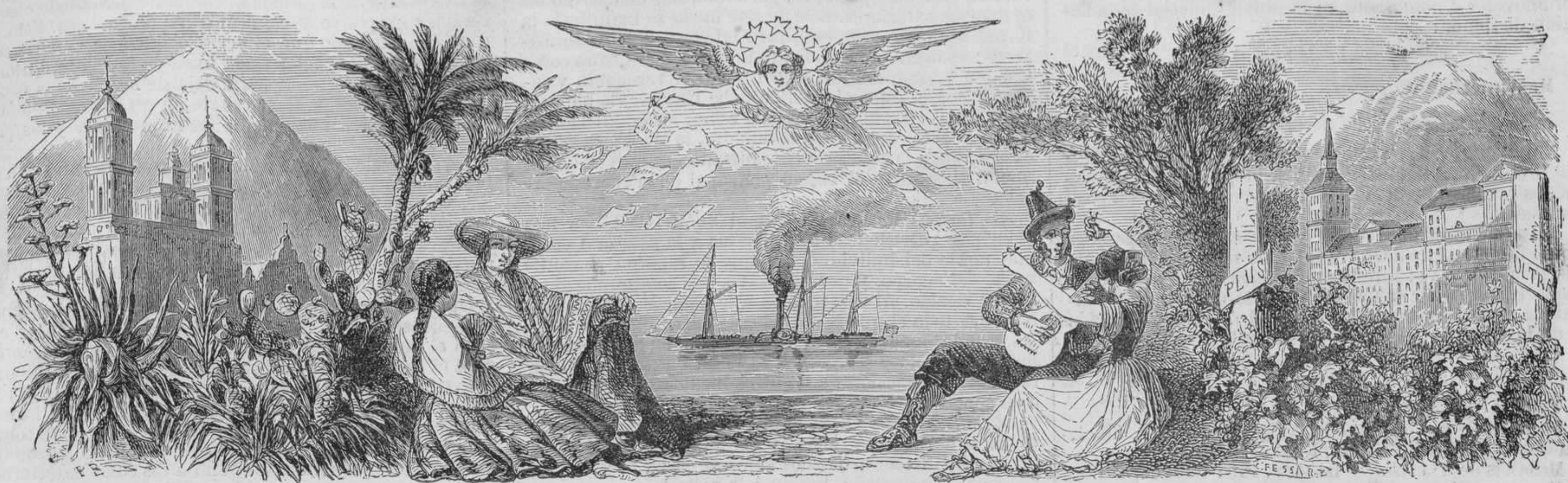


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 16. — N° 246.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris.

SUMARIO.

Distribucion de recompensas con motivo de la Exposicion; grabado. — Lista de los condecorados y laureados en la Exposicion. — Bellas artes. — A mi amigo el

Sr. Pedro Velez. — La rosa entre las rosas. — La Serana. — Exposicion de bellas artes de 1857; grabados. — Revista de Paris. — El Parcival de Wolfram de Eschemhach ó el Santo-Graal. — Los mercados centra-

les; grabado. — Eulalia. — Apuntes de un viaje á la India; grabados. — Capítulos de carta. — Revista de la moda. — Mapa del Punjab ó reino de Lahora; grabado.



Distribucion de recompensas acordadas á los artistas con motivo de la Exposicion de 1857.

Lista de los condecorados y laureados de la Exposición de 1857.

Hé aquí la lista de los nombres proclamados en la distribución de recompensas hecha entre los artistas, cuyas obras han sido juzgadas dignas de premio. Han sido promovidos ó nombrados en la orden imperial de la Legión de Honor:

Al grado de oficial:

M. Winterhalter, pintor.

Al grado de caballero:

MM. Aivasovsky, pintor; Comte, id.; Desgoffe, id.; de Dreux, id.; Matout, id.; Pils, id.; Ziem, id.; Oudiné, estatuario; Perot, id.; Vital-Dubray, id.; François, gravador.

El señor director general de los Museos imperiales tomó despues la palabra y leyó los nombres de los artistas á quienes el jurado otorgó medallas ó menciones honoríficas. Al oír su nombre cada laureado, se presentaba á recibir de manos de S. E. el ministro de Estado y de la Casa del emperador la medalla y sus diplomas.

PINTURA.

Medalla de Honor. — Yvon (Adolfo).

Mencion de las medallas de 1ª clase. — Bezar, Cibot, Daubigny, Desgoffe, Fortin, Knaus, Pichon.

Medallas de 1ª clase. — Baudry, Pils, Bouguereau.

Mencion de las medallas de 2ª clase. — Chavet, Comte, Courbet, Fromentin, Geffroy, Hédouin, Hillemaier, Lambinet, Lazerges, Leleux, Melin, Montessuy, Petit, Picou, Richter, Röhn, Stevens (José), Timbal.

Medallas de 2ª clase. — Boulanger, Breton, de Curzon, Heilbuth, Lafond, Roux.

Mencion de las medallas de 3ª clase. — Aug. Bonheur, Mme. Henr. Brown, Busson, Charpentier, Compte-Calix, Desjobert, Devilly, Dubasty, Jobbé-Duval, Laurens, Luminais, Matout, Monvoisin, Plassan, Rivaulon, Robert.

Medallas de 3ª clase. — Belly, Brendel, de Cock, Dumas, Fichel, Ginain, Henneberg, de Knyff, Legras, Mazerolle, Rigo, Romagny.

Menciones honoríficas. — Andrieu, Axenfeld, Aze, Baumes, Bin, Blin, Boniface, Brillouin, Camino, Carraud, Castan, Chenu, de Cock, de Coubertin, Delaroche, Desgoffe, Doré, Mme. Doux, Eudes de Guimard (Mlle), Faverjon, Felon, Feyen-Perrin, Foulongne, Galbrun, Graeb, Grenet, Haillecourt, Hintz, Imer, Kate, Lafage, Leman, Marguerie, Merle, Meuron, Paigné, Papeleu, Pelletier, Pezous, Renié, Rougemont (Mme), Sain, Salzmann, Schuler, Sellier, Tabar, Ternante, Tinthoin, Tourny, Viénot.

ESCULTURA.

Mencion de las medallas de 1ª clase. — Gruyère, Maillet, Oudiné, Perraud.

Medallas de 1ª clase. — Millet, Montagny.

Mencion de las medallas de 2ª clase. — Brion, Cordier, Dumas, Marcellin, Merley, Schroder.

Medallas de 2ª clase. — Grabowski, Guitton, Gumery, Leharivel-Durocher.

Mencion de las medallas de 3ª clase. — Cabuchet, Calmels, Chabaud, Iselin, Oliva, Travaux.

Medallas de 3ª clase. — Baur, Crauk, Deligand, Jacquemart, Simyan, Thomas.

Menciones honoríficas. — Arnaud, Bogino, Bonher, Chatrousse, Desprey, Dantzell, Debut, Fabish, Falignière, Lavigne, Moreau, Nogent, Ponscarne, Sobre, Truphème, Valette, Varnier.

GRABADO Y LITOGRAFIA.

Mencion de las medallas de 1ª clase. — François (Alfonso), Lassalle.

Medalla de 1ª clase. — Blanchard.

Mencion de las medallas de 2ª clase. — Girard, Girardet, Mandel, Outkin, Salmon.

Medallas de 2ª clase. — Baugrand, Soulange-Teissier.

Mencion de las medallas de 3ª clase. — Levy, Varin.

Medallas de 3ª clase. — Aubert, Gusmand, Jacquemot, Willmann.

Menciones honoríficas. — Allais, Carey, Cornillet, Jazet, Lenhart, Pequegnot, Mme. Perfetti, Riffault, Siroy, Steifensand, Valerio.

ARQUITECTURA.

Mencion de las medallas de 1ª clase. — Garnaud.

Medalla de 1ª clase. — Renaud.

Mencion de las medallas de 2ª clase. — Guillaumot (Eugenio), Guillaumot (Luis).

Medalla de 2ª clase. — Curte (Luis de), Durand.

Mencion de las medallas de 3ª clase. — Hénard, La-croix.

Medalla de 3ª clase. — Garnier, Parent, Trilhe.

Menciones honoríficas. — Drouillard, Kellerhoven, Kreichgasser, Sabatier, Sauvageot.

BELLAS ARTES.

CONSIDERACIONES SOBRE EL IDEAL EN LA ESCULTURA.

No se consigue elevar el alma sin el auxilio de la belleza ideal. Es la primera condicion del ideal en escul-

tura que la forma no sea copia ó imitacion servil de la naturaleza, porque solo la *forma abstracta* es de su dominio.

Debe por lo tanto abandonar el escultor todo lo que en los cuerpos es puramente físico, esto es, todo lo que está en ellos exclusivamente destinado á las funciones naturales, y por otra parte, no particularizar demasiado los accesorios exteriores. Solo de este modo se manifiesta la forma humana en la escultura tal como debe manifestarse: es decir, no como simple forma física, sino como imagen y expresion del espíritu. En el verdadero y severo *ideal*, aunque el espíritu debe hacerse visible bajo la forma corporal y en su expresion, las ondulaciones, digámoslo así, de la vida, la dulzura, la gracia, la riqueza sensible y la belleza del organismo corporal, no deben ser en sí mismas el objeto principal de la representacion.

Las formas ideales ofrecen al análisis estético tres principales divisiones: las relativas á la cabeza ó parte mas noble del individuo, las que se refieren al continente del cuerpo, y por último las que comprende el ropaje y vestido. Al descender á este análisis, indispensable para todo el que se proponga contemplar con fruto los grandes modelos de la antigüedad, conviene simplificar su objeto y considerar la *estatua griega aislada*, haciendo abstraccion de los otros medios de representacion conocidos con el nombre de *grupo* y *bajo-relieve*.

La estatuaría es el modo de representacion mas adecuado al ideal. Los griegos, procedentes de la hermosa raza de los helenos, nacidos bajo un clima benigno, en un suelo privilegiado, tenían á la vista las formas mas bellas que la naturaleza puede producir. La libertad de sus instituciones, su modo de vivir, sus gimnasios, sus juegos olímpicos se las presentaban de continuo en accion, y muchas veces sin ropajes que las ocultasen.

Podía el estatuario á cada instante elegir los mejores modelos y estudiarlos en su conjunto y en sus partes. Era su vida un estudio no interrumpido: en todos los parajes frecuentados, en las asambleas populares y festivas, en los juegos istmicos, tristenios y píticsos, donde la lucha, la carrera, el salto, el disco y la danza eran los ejercicios favoritos, podía dedicarse á sus observaciones cómodamente. La naturaleza se le ofrecia en accion y haciendo alarde sin rebozo de sus medios y sus formas.

El estudio del escultor moderno está muy lejos de reunir todas estas ventajas: las posturas y actitudes de encargo no tienen con mucho ni la flexibilidad ni la espontaneidad de las que ocurren naturalmente y sin estudio. El modelo colocado en una accion determinada no puede jamás identificarse con el personaje que representa; la postura que toma solo recuerda una *verdad falsa*, si es lícito expresarse así, y no era esto lo que veian los artistas griegos. Sorprendian á la naturaleza en sus arranques espontáneos, y la estudiaban con facilidad tanto mayor cuanto que, repitiéndose con frecuencia á sus ojos los mismos movimientos, podian adoptar los que les pareciesen mas favorables. ¿Qué podrá ser nunca, observa discurriendo sobre esto mismo el conde de Clarac, una modela á quien se paga por la molestia de la postura que se la hace tomar, comparada con la espartana adolescente que celebra las fiestas de Diana, ó con la delicada ateniense que debe á su belleza y pudicicio el haber sido elegida para llevar el canastillo consagrado de Eleusis ó de las Panateneas? ¿Quién será capaz de comprar, á peseta por hora, la actitud de un discóbolo ó de un atleta que lucha en el estadio de Olimpia y logra una nueva corona en presencia del pueblo?

Llevaban, pues, los estatuarios griegos á nuestros estatuarios modernos por lo tocante al estudio de la belleza objetiva ventajas que con nada pueden compensarse. De aquí la necesidad de proponerse como modelos sus admirables obras, y de deducir de ellas reglas que puedan facilitar la árdua tarea de descubrir con el cincel esa belleza ideal llena de vida y calor escondida en el mármol (1), ya que la antigüedad, en un concepto avaro si en otro generoso, no nos haya transmitido el famoso cánon de Policeto ni ninguno de los escritos donde los pintores ó escultores que fundaron afamadas escuelas consignaron las proporciones que ellos consideraban como mas hermosas.

El ideal en la cabeza humana. En la forma ideal de la cabeza debemos considerar primeramente *el perfil*, con la *frente*, *el ojo* y *la oreja*; en segundo lugar *la nariz*, *la boca* y *la barba*; últimamente *el cabello*, como parte exterior que contribuye á formar el óvalo del cráneo.

El perfil griego consiste en cierta relacion particular entre la frente y la nariz, en la línea casi recta ó levemente curva por medio de la cual el trazo de la frente continúa sin interrupcion hasta el fin de la nariz, y finalmente en la direccion de esta misma línea que, tirada desde el arranque de la nariz á la parte superior de la oreja, forma un ángulo recto. Esta es la principal diferencia que se advierte entre el perfil humano ideal y el perfil animal. Los órganos que en el irracional parecen ser los mas importantes, como la boca y sus auxiliares, adaptados á la satisfaccion de las necesidades físicas, forman en él la parte prominente; en la cabeza humana, por el contrario, estos órganos se ven como retirados, haciendo predominar los otros que caracterizan al ser inteligente y contemplativo. La frente es en el hombre el centro de la reflexion, y en los ojos que están como á su abrigo se refleja el alma entera. La nariz es en

(1) El arte del escultor, decia ingeniosamente un escritor ingles, consiste en descubrir la belleza que está enterrada en el mármol, arrancando con el cincel todo lo superfluo que la cubre.

el humano rostro la transicion ó vínculo entre la parte superior y la inferior, entre la frente, donde obra el entendimiento, y el órgano práctico de la masticacion. En el animal la nariz está, como si dijéramos, al servicio de la boca y de la nutricion; en el ser inteligente debe formar parte de la region superior é intelectual para que la frente no quede aislada ni contraste demasiado con el carácter expresivo y comunicativo de la boca. Esto se consigue haciendo que el perfil ó línea de la nariz sea como una prolongacion de la línea de la frente. Entonces parece como que la nariz deja de servir á las necesidades animales y se convierte en un órgano intelectual para expresar solamente las impresiones y las pasiones.

La *frente* sirve admirablemente para designar, ya la inteligencia y el genio, ya la fuerza corporal y muscular, ya la gracia y la juventud. En la cabeza de Hércules es notablemente baja: en las cabezas de mujer suele modificarse diversamente, sin que sea jamás preñada ni muy elevada; se muestra angulosa y hundida hácia las sienes en los ancianos.

Los *ojos* no son para el estatuario lo que para el pintor. El estatuario debe renunciar al deseo de expresar en ellos el pensamiento íntimo, la mirada; porque no es para él esfera adecuada la produccion del pensamiento al exterior, ni la personalidad ocupada en los objetos externos. La estatuaría no tiene mas objeto que la forma del cuerpo en la totalidad, manifestándose el alma como derramada por todas sus partes. El verdadero personaje monumental permanece extraño á las cosas exteriores, y está como absorto en sí mismo. Ciertamente hay esculturas griegas primitivas, como la estatua de Minerva y otras divinidades, en que se ven pintados los ojos: lo único que esto significa es que los artistas que las hicieron creyeron deber sacrificar el buen gusto á las tradiciones en obsequio á la religion. En los buenos tipos de la estatuaría nunca se representaron las imágenes de los dioses en esa expresion determinada y especial que da la direccion de la mirada. Esto se observa en la célebre estatua del Fauno que contempla á Baco adolescente: su sonrisa está llena de vida; sin embargo sus ojos no miran á ninguna parte. En las buenas estatuas antiguas se observa además el ojo hundido algo mas de lo natural. La magnitud solo da al ojo belleza cuando su encaje es profundo; los ojos promitentes vulgarmente llamados *sallones*, dan á la fisonomía un carácter enteramente opuesto al ideal: ponen al personaje demasiado en contacto con el mundo exterior, destruyen en él todo aire de concentracion, y le hacen parecer como absorto en la contemplacion estúpida de un objeto sensible.

Trabajaban y concluian los antiguos la *oreja* con el mayor esmero, de tal modo, que basta por lo general ver en cualquier piedra grabada la oreja hecha con descuido para reconocer que la obra no es auténtica. En los retratos particularmente reproducian la oreja del personaje en su propia y verdadera forma. A veces basta esta para reconocer al sugeto representado, como se verifica en las estatuas ó bustos de Marco Aurelio, el cual tenia el oído desmesuradamente abierto.

La *nariz*, *la boca* y *la barba* forman la parte especialmente afecta á las necesidades físicas. Por lo tocante á la *nariz*, ya hemos dicho el modo que tenían los griegos de ennoblecerla haciéndola como continuacion de la parte mas intelectual de la cabeza. La expresion de la fisonomía puede variar infinitamente variando la forma de este órgano: una nariz pronunciada y recta con sus ventanas pequeñas nos anuncia un espíritu penetrante y perspicaz, al paso que una nariz ancha y caída, ó empinada como el hocico de algunos animales, revela sensualidad ó estupidez. La nariz griega es recta, no se encorva ni se empina, no es en su extremidad puntiaguda, ni tampoco aporrada; por último no es en su centro ni acaballada ni hundida.

Aunque la *boca* se presta admirablemente para representar los afectos del ánimo, todos los grados del placer y del dolor y hasta las mas leves impresiones, la estatuaría griega cuida muy particularmente de purgar la forma y el corte de los labios de todo lo que es puramente sensitivo; solo les imprime el sello de las grandes pasiones del alma, la bondad, la ira, el orgullo, la satisfaccion propia. La boca, por lo tanto, no debe ser demasiado grande ni demasiado pequeña; tampoco los labios deben ser ni muy gruesos ni muy sutiles, porque aquellos manifiestan cierta torpeza y estos poca sensibilidad. El labio inferior, no obstante, puede ser mas lleno que el superior, en contraposicion con la boca de los animales en que la parte superior avanza, como indicando el deseo de engullir. Es preciso que en la boca se vea, mas que el órgano para la satisfaccion de una necesidad física, el instrumento adaptado á la libre comunicacion de las ideas y á la palabra elocuente que conmueve el mundo.

La *barba*, siendo de forma ideal, termina la expresion intelectual de la boca. Debe ser mas bien llena que enjuta, y no tirar hácia adentro en manera alguna, como la de no pocos seres humanos, que por esta sola circunstancia se asemejan á algunos irracionales que carecen completamente de barba. La barba llena y redondeada expresa cierta calma y bondad, contrastando con la diminuta y aguzada de la descontentadiza senectud. La de la célebre Venus de Médicis aparece en verdad algo pequeña; pero se ha reconocido que ha padecido alguna degradacion y perdido sus primitivas líneas.

El *cabello* era para los griegos el principal ornato de la cabeza y el que contribuía á dar á esta esa forma ovalada que tanta nobleza comunica á sus estatuas. Seguramente los modernos nos quedamos muy atrás en el arte de disponer este natural adorno de una manera ideal, á la cual no hay nada mas opuesto que nuestras

extravagantes modas. En las estatuas del buen tiempo se observa el cabello formando bucles en hombres y mujeres indistintamente; pero en estas se representa levantado por ambos lados y reunido en la parte posterior del cráneo, formando ondulaciones y sinuosidades profundas para que parezca mas abundante con el efecto de las luces y sombras. La masa y disposición de la cabellera suele, no obstante, variar en las diferentes divinidades. Aquí no apuntamos sino las formas generales.

PEDRO DE MADRAZO.

A mi amigo el Sr. Pedro Velez

AL VISITAR LA TUMBA DE SU MALOGRADA SOBRINA LA SEÑORITA JULIA VELEZ.

I.

Negros los ojos, dulce la mirada,
Esbelto el talle, acento angelical,
Por la virtud la frente iluminada,
Grato decir, sonrisa virginal:
Mas pura que el aljófar de la aurora,
Mas bella que la rosa del pensil;
Como un sueño de dicha, seductora,
Serena cual las tardes del abril:
Cándida el alma, el corazón sencillo,
Reflejando en sus actos la piedad;
Animado su rostro por el brillo
Que vierte sobre el justo la verdad;
A su Dios adorando allá en el cielo,
A sus padres amando con pasión;
Llevando al pobre en su pesar consuelo,
Y por todos alzando su oración:
Tal era JULIA! chispa refulgente
Del astro que derrama la virtud;
Nunca el pesar se vió sobre su frente,
Serena fué su pura juventud.
Ornato de los cielos, no era dado
Que la tierra tuviera tanto bien:
Un ángel la adormió, y el genio alado
Despertóla á las puertas del Eden.

II.

Ven, Pedro amigo, acéreate á la tumba
Que guarda de esa virgen los despojos;
Valor! enjuga el llanto de tus ojos,
Y endereza á los cielos tu oración.
Las gracias de esa jóven admirabas,
Te extasiaban las dotes de su alma;
De solaz disfrutabas y de calma,
Al contemplar su noble corazón.
Un instante lastó para que en polvo
Esa beldad quedara convertida:
Fué una luz por los vientos extinguida,
Un rayo de esperanza que pasó:
Fué una lila encantada, cuyo aroma
Vino á anunciar la gaja primavera;
Flor de un momento, el sol en su carrera
Vióla lozana y presto sin color.

III.

¿Mas porqué llorar cuitados,
Sin esperanza y sin fé?
¿Son los sepulcros helados
Los palacios encantados.
Do nuestro término esté?
¿La imágen de Dios pudiera
En este mundo acabar,
Como acaba en la pradera
La flor galaná, hechicera
Que breve se vió brillar?
¿Cómo estela de la nave
Sobre el mundo pasaria
La virtud austera, grave,
Y la tumba encerraria
Cuanto en el alma nos cabe?
¿Bien y mal — dichas, pesates —
Esperanzas, ilusiones,
Cruzando los mismos mares,
Tras furiosos aquilones,
Obtendrán los mismos lares?
¿Encierra la tumba oscura
Cuanto forma humano ser:
El cuerpo y el alma pura,
Las gracias y la hermosura,
Las creencias y el saber?

IV.

Tú lo sabes. — Del sol la lumbre ardiente,
Es reflejo de un astro sin igual;
Los anchos mares y el turbion potente,
Nos anuncian de Dios la inmensidad.
Mas que un Eden — un cielo nos reserva
El que rige cuanto es, cuanto será:
El polvo vil perece cual la yerba;
El alma en Dios por siempre vivirá.
De JULIA hermosa el alma sin mancilla,
Hoy se baña del ángel en la luz;
Con nuevas gracias su belleza brilla;
Su voz en himnos se alza ante la cruz.
¿Qué dulce ver el sol de la esperanza
Fulgurar de los cielos tras el tul;
Aguardar tras el cierzo la bonanza,
Tras el llanto la dicha y la quietud.

V.

Es la hora silenciosa de la tarde;
El sol hácia el ocaso se adelanta;
El ave sobre el lirio triste canta,
Y se escuchan las auras sollozar.
Aquí la tumba está. — Los dos apenas
En la mansion del duelo nos hallamos;
Y entrambos, pesarosos, contemplamos
El término á que todo va á parar.
Sobre tu frente la tristeza asoma,
Humedecé tus párpados el llanto,
Violento late el corazón en tanto,
Muda tu lengua, sin palabra está;
Alzar quisieras la pesada losa
Que entre JULIA se opone y tu mirada:
Quisieras contemplar la paz amada
Que entre el polvo por siglos dormirá.
No abajo, arriba la mirada tiende;
No busques, no, del polvo leve huella;
En esa chispa piensa ardiente, bella,
Con que los cuerpos animara Dios:
Piensa en el alma plácida, purísima
De esa virgen tan casta como hermosa:
De esta tierra de llanto y pesados
Voló del bien y la verdad en pos.
Deja que el polvo con el polvo se una:
Nada valen los labios purpurinos,
La negra cabellera, los divinos
Ojos que dan placer al corazón;
No los contornos ni el flexible talle,
Si la piedad del alma, la pureza
Forman la dulce angelical belleza,
Objeto digno de inmortal pasión.
Todo pasa en el mundo. Las virtudes
Con la Virtud suprema á unirse tienden;
Solo ellas viven, y su luz encienden
Cuando el alma se eleva hácia el Eden.
Por eso vive y vivirá radiante
La virgen bella que dejó la tierra,
Y cuyos restos esta tumba encierra,
Queridos restos de tan dulce bien.
Jamás ante mis ojos ha tenido
Nada de odioso el ángel de la muerte:
Con blanda mano su beleño vierte,
Nos abre el mundo de esperanza y fé;
Sobre sus alas rápidas pasamos
De aqueste mar á la eternal ribera:
Ella liberta, al alma prisionera,
Y promete reunirnos al que fué.

VI.

Lozana flor de místicos colores,
Gallarda rosa, ornato del pensil:
Hasta el cielo subieron tus olores,
Y un ángel quiso eternizar tu abril.
Ave de canto dulce y armonioso,
De hermosa pluma y ráuda en tu volar:
Dios encontró tu canto tan precioso,
Que en sus jardines te mandó morar.
Estrella cuyo brillo fulgurante
Al brillo de las otras excedió:
Tan clara fué tu luz, que en breve instante
El lirio de belleza te absorbió.
Alma serena, plácida, inocente,
Nacida á la virtud, nacida al bien,
Desbordando de amor en tí la fuente,
Se te abrieron las puertas del Eden.

VII.

De lo alto do reinan la paz, el consuelo,
Do brillas bañada de Dios en la luz:
Alivio á tus deudos procura en su duelo,
Para ellos consigue solaz y salud.
Sin hoy ni mañana, por siempre gozando,
De esfera en esfera te eleve el Señor;
Sin hoy ni mañana, tus himnos alzando,
Eterna en tu gloria, te abraza el amor!

Medellin 26 de junio de 1857.

J. M. TORRES CAICEDO.

La rosa entre las rosas.

I.

Muy temprano vienes, niña,
Por estos jardines bellos,
Por esta oscura arboleda,
Por estos lindos paseos!
Llevas rosas en la falda,
Llevas rosas en el pecho...
¡Pobre de la hermosa niña
Si la ven los jardineros!
Las rosas de estos rosales
No robes, niña, á su dueño,
Pues en tus megillas tienes
Rosas de color mas bello,
De mas virginal pureza,
De mas vida, de mas precio;
Ni dejes tan de mañana
La blandura de tu lecho,
La custodia de tu madre,
La dulce paz de tu sueño,
Pues aunque en estos jardines
Es el ambiente muy fresco,

Cantan muy dulces las aves,
Son claros los arroyuelos,
Es toda perfume el aura
Y es todo flores el suelo,
Pudieran equivocarte
Con las rosas los mancebos,
Y alguno de ellos cogerte
Y deshojarte en su seno,
«Porque las niñas son flores
Que hasta las deshoja el viento.»

II.

Pero si las bellas rosas
No son el único objeto
Por quien dejas tan temprano
La blandura de tu lecho,
La custodia de tu madre,
La dulce paz de tu sueño:
Si buscas tan de mañana
A algun gentil jardinero
Que te regala las rosas
Con que adornada te veo,
No le busques tan temprano
En estos jardines bellos,
En esta oscura arboleda,
En estos lindos paseos,
Que eres una fresca rosa
De los jardines del cielo,
Y á los jardineros gustan
Rosas del jardin ageno.
Eres débil como niña
Y él fuerte como mancebo:
¿Quién sucumbirá en la lucha,
La niña ó el jardinero?
Y si en la lucha sucumbes,
De ¿qué será de tí luego,
Y qué de la dulce madre
Que al coronarte de besos
Te llama su luz, su gloria,
Su vida, su Dios, su cielo?
¡Oh niña! torna á su lado,
Torna al abrigo materno,
«Porque las niñas son flores
Que hasta las deshoja el viento.»

La Serrana.

I.

Allá abajo en el valle
Tengo una choza:
Manzanitos floridos
Le dan su sombra;
Y entre las ramas
Cantan allí las aves
Por la mañana.
Al lado de mi choza
Mana una fuente,
Una fuente fresquita
Como la nieve,
Y á mi vertana
Trepan enredaderas
Y pasionarias.
Solo falta á mi choza
Y el alma busca
Una cara de cielo
Como la tuya.
«Serrana hermosa,
Deja tu serranía,
Vente á mi choza.»

II.

Esos ojos del cielo
Dicen, serrana,
Que el amor es la gloria
Que mas te agrada.
Sígueme al valle,
Que amor de los amores
Allí he de darte.
Verás qué envidia tienen
Tus compañeras
Cuando al bajar á misa
Tu dicha vean,
Verás qué ingratas
Parecen esas sierras
A las serranas.
Como que tú mereces
Un paraíso,
Paraíso es la choza
Con que te brindo.
«Serrana hermosa,
Deja tu serranía,
Vente á mi choza.»

ANTONIO DE TRUEBA.

Exposicion de bellas artes de 1857.

(Véanse los números 236, 237, 238, 239, 241, 242, 243, 244 y 245.)

El capitán de los pintores franceses en pequeño es M. Meissonnier, que merece en verdad el título de maestro que hoy se prodiga á tantos artistas. Si su talento es limitado, en cambio demuestra una habilidad singular en el pequeño campo que explota. Ocho cuadros ha en-

viado á la Exposicion actual, que colocados en fila forman un frente de batalla muy respetable, á pesar de sus diminutas dimensiones, y sin embargo, la muchedumbre nose agolpa á verlos como sucedia otros años. Esos hombres que leen, esos pintores, esos fumadores en traje del siglo XVIII están ya demasiado conocidos, y la Francia no es un pais que admira durante mucho tiempo la misma cosa.

Despues de M. Meissonnier debemos citar á M. CHAVET, que aunque se mostró imitador suyo en el *Jóven leyendo* que hemos reproducido en el número 244, recobra su independencia en otros dos lienzos donde nos pinta con los colores de la exacta verdad varios parroquianos de un café viendo jugar al dominó, en tanto que otros mas jóvenes circulan en torno de una mesa de billar. Las figuras casi microscópicas tienen una realidad que rivaliza con la fotografía.



Exposicion de 1857. — Una cascada en Suecia al principio de una tempestad, cuadro por M. Larson.

ó cuando menos no ha querido mandar á la Exposicion mas que obras inferiores. Para concluir con este grupo de artistas citaremos los nombres de MM. Billote y Plasman. Con este último, que ha presentado bonitas composiciones de una ejecución un poco floja, llegamos al cuadro mas pequeño de la Exposicion, al último término del género microscópico: un medallón que podria servir para una sortija y representa una *Jóven levantándose*. Hay en esta bagatela una morbidez elegante y voluptuosa, una atmósfera de alcoba y de mañana; es una preciosa escena de gabinete.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

M. LARSON. *Cascada*. La vida del pintor sueco que lleva ese nombre tiene algo de interesante. Hasta la edad de diez y nueve años se ocupó en las faenas campestres; luego entró de aprendiz en casa de un silleró de Estokolmo, y

Si M. Chavet progresa, M. FAUVELET, que ocupaba un puesto distinguido entre estos pintores, descuida el arte, ve años se ocupó en las faenas campestres; luego entró de aprendiz en casa de un silleró de Estokolmo, y



Bernardo Palissy enseñando la geología, cuadro por M. Roux.

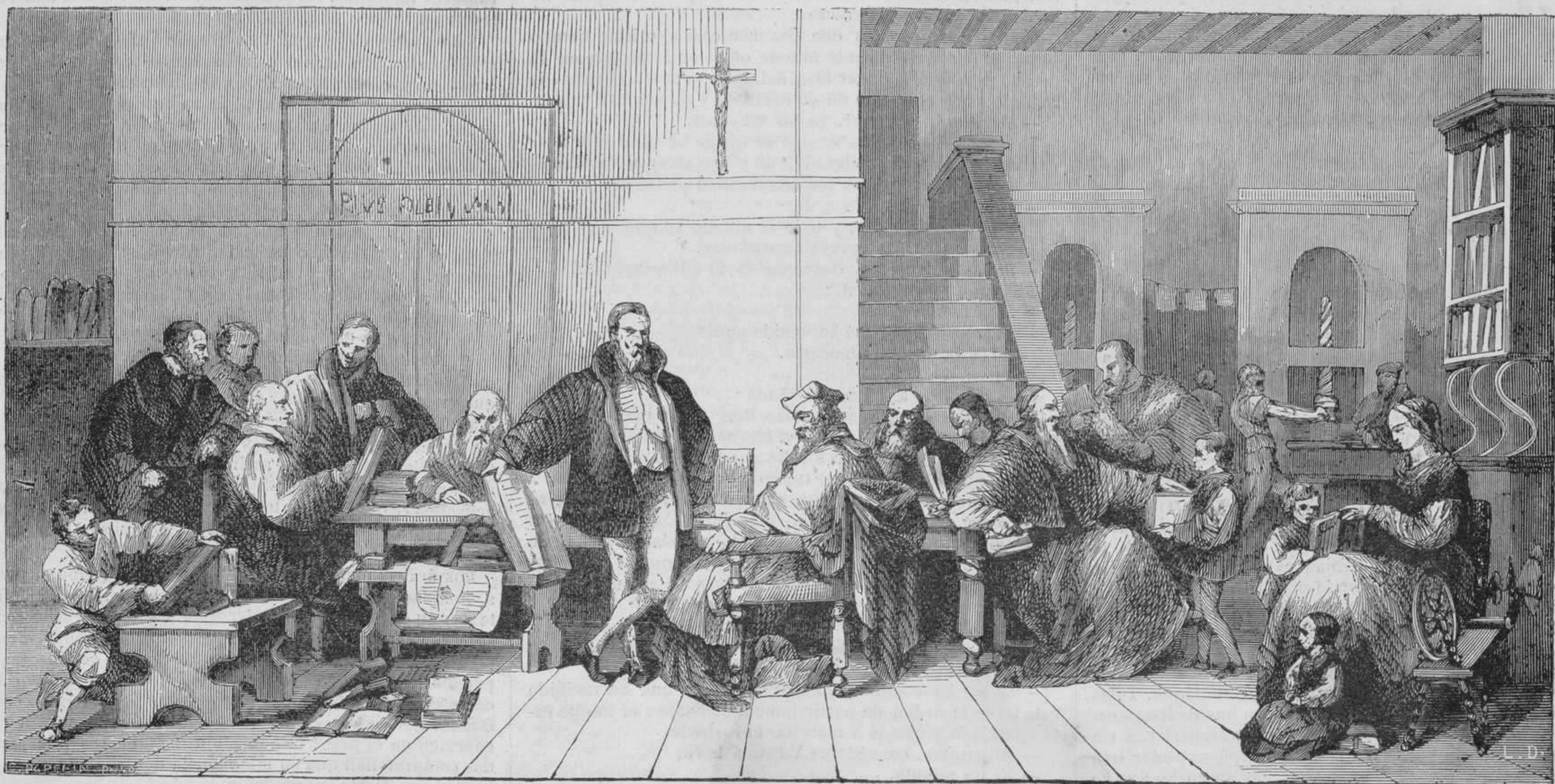
allí su gusto natural por el dibujo llamó la atención; pudo seguir los cursos de la Academia de bellas artes, el rey de Suecia le hizo admitir en ella como alumno, y entusiasmado con sus progresos le concedió una pensión para que viniera á Paris á perfeccionar sus estudios.

M. Larson se halla dotado de una imaginación atrevida que se complace en las ideas grandiosas de la naturaleza, y tiene un vigor y una facilidad de ejecución muy notables. Cuatro cuadros mandó á la Exposición, y el de mayores dimensiones representa la *Caida de la tarde en la costa occidental de la Suecia despues de la tempestad*. Los rayos de un sol encendido están apenas cortados por algunas nubes sombrías que atraviesan el cielo, y su brillo chispea sobre



Exposicion de 1857. — Batalla de Marengo; muerte del general Desaix, cuadro por M. Ginain.

las olas levantadas por la tormenta, esparciendo por el horizonte metálicos reflejos. Sobre las olas que se quiebran en montones de espuma asoman algunos peñascos de porfiro rojo que degradados por el agua han tomado formas de animales marinos fantásticos. Menos audacia y menos ambicion hay en los dos paisajes de carácter idéntico, de los cuales uno se ve reproducido aquí por el grabado. Las rocas y los terrenos están estudiados con detencion; el aspecto de un cielo borrascoso, el caos pintoresco de la montaña, los torrentes, los abetos que el viento dobléga y arranca, todo está bien comprendido, pero quizá el pintor no sacrifica bastante sus detalles. Su vigor le arrastra, las nubes están muy trabajadas, busca mucho las oposiciones de



Roberto Etienne, célebre impresor del siglo XVI, rodeado de sabios que le ayudan en sus tareas.

sombra y de luz. Por lo demás, para poder apreciar la exactitud pintoresca de esos cuadros seria preciso conocer los paisajes del Norte; sin duda lo que á nosotros nos choca en su aspecto es muy natural para los que están familiarizados con el cielo y la naturaleza de Suecia. El modo de paisaje de imaginación tal como le comprende el jóven artista, contrasta enteramente con el sistema sencillo que siguen hoy los paisajistas franceses.

M. ROUX. *Bernardo de Palissy* en 1575. Bernardo de Palissy establece las bases de la geología, y da el primero la teoría de los manantiales, de los depósitos de fósiles, etc. Su auditorio se compone de frailes, de hombres de la Sorbona, de nobles letrados, personajes de aspecto vario muy bien agrupados ante el atrevido novador. La cabeza grave y austera de Palissy así como sus fac-



Las seguidillas, cuadro y dibujo por M. A. Dumas.

ciones atestiguan la doble fatiga de las vigiliass, de los trabajos intelectuales y de una vida de privaciones. Varios fósiles, arcillas metamórficas y otras singularidades naturales que no estaban explicadas entonces y de las que se decian, por decir algo, que eran un *husus nature*, se encuentran ahí reunidas para servir de tema á sus explicaciones. Esta composición bien entendida y muy armoniosa, es uno de los bonitos cuadros de género del salon.

Además de este lienzo M. Roux ha expuesto un *Claudio de Lorena* en el *Foro*, de una ejecución demasiado floja, y un *Estudio de Rembrandt* donde estimulado por el ejemplo del pintor célebre que ponía en escena, ha tratado de oponer la suavidad del claro-oscuro y de las sombras luminosas á los efectos vivos de un dia cerrado. Sin embargo, hay flexibilidad y armonía de la ejecución, aun-

que puede censurarse el abuso de luz en la madre y el nieto que sirven de modelos, iluminacion cuyo motivo ha encontrado el artista en uno de los cuadros de Rembrandt del museo del Louvre.

M. POPELIN: *Roberto Etienne, célebre impresor del siglo XIV rodeado de sabios que le ayudan en sus tareas.* Hé aquí un motivo que no se presta mucho al desarrollo de las cualidades pintorescas, y cuya frialdad se hace sentir un poco en la ejecución. Su disposición grave y medida tiene una regularidad que convendría mejor á una composición monumental que á un cuadro de género. Los personajes se hallan casi todos colocados en una misma línea horizontal, las mesas, los sillones, los bancos se alinean de la misma manera. Los grupos se encadenan solamente por relaciones de juxtaposición, en vez de hallarse bien reunidos en torno de un centro común que les suministre unidad é interés. M. Popelin ha pintado en casa del ilustre tipógrafo á todos los sabios de la época. Su presencia tiene sin duda mucho interés para el que conoce el asunto, pero para el público indiferente los nombres de Vatable, de Rudé, de Lascaris, de Bellay, etc., nada notable añaden al cuadro, y solo le dejan el mérito de una composición bien entendida, de un aspecto severo y armonioso.

M. GINAIN: *Batalla de Marengo.* Además de este cuadro que representa la muerte del general Desaix, M. Ginain ha expuesto algunas escenas militares tomadas de la vida del ejército francés en Africa, entre las cuales brilla particularmente por su naturalidad la que representa un *Grupo de cazadores bebiendo agua.*

M. DUMAS (ANTONIO): *Las Seguidillas.* M. Dumas ha dado un aspecto original y sin exageración (cosa que merece notarse) á las escenas cuyas inspiraciones ha recogido en España: además de este cuadro ha presentado otro titulado, *Arrieros llegando á una posada.*

J. D. P.

Revista de Paris.

Hé aquí un bonito asunto de comedia ligera que podría titularse los «Desafíos del vizconde de N...» El primer lance de este buen vizconde que figura desde hace unos cuantos años en los círculos elegantes de Paris, tuvo origen una noche en la ópera de resultados de una contienda con un caballero que le disputaba su butaca. Después de haberse acalorado en demasía, los adversarios cambiaron sus tarjetas, y el vizconde hubo de conocer que se las había con un hombre muy diestro y muy temible, M. X... La suerte no le era propicia en su primer desafío, tanto mas cuanto que la elección de las armas vino á favorecer á su contrario.

El vizconde optaba por el florete que manejaba bastante bien; pero al cabo de una deliberación que vino á cortar la suerte, los padrinos que se habían encargado de fijar las condiciones del combate, dieron la preferencia á la pistola. Ahora bien, el vizconde apenas conocía esta arma, en tanto que M. X... pasaba á justo título por uno de los mejores tiradores de Paris.

Sin embargo, animoso como ninguno, nuestro hombre se dirigió al punto señalado en el bosque de Boulogne. Antes de la hora se encontraba en el terreno con sus padrinos esperando á los contrarios. Treinta minutos trascurrieron sin que estos se dejasen ver, y ya comenzaban á extrañar una tardanza tan prolongada, cuando apareció un coche que se detuvo en la alameda próxima: de él se apearon solos los padrinos, y en sus fisonomías se veía pintada la tristeza propia de las personas que traen una noticia grave é inesperada.

— Señores, exclamó uno de ellos, tengan Vds. la bondad de disimularnos; nuestra tardanza se explica por la turbación que nos ha causado el suceso que vamos á anunciar. No tendrá lugar el desafío...

— ¿Cómo es eso?

— M. X... ha muerto esta noche de un ataque de apoplejía fulminante.

El vizconde y sus cuatro padrinos habían dado en balde un buen paseo.

La apoplejía que había matado á M. X... salvó quizá la vida á su adversario. Era una compensación.

Ese fué el primer lance; pasemos al segundo.

Algun tiempo después de esta aventura, el vizconde se enamoró de una actriz que por entonces traía revueltos á muchos galanes.

Al amor añadió los celos y el diablo quiso que se encontrara con un rival tan celoso y tan enamorado como él.

El vizconde se ofendió al ver que un día la cómica tomaba un anillo de brillantes que la regalaba el consabido rival, y este no se irritó menos al saber que la misma dama había recibido al propio tiempo un rico brazalete del vizconde.

Siguió á esto una provocación. Los padrinos elegidos hubieron de hacer presente que el motivo de la contienda no merecía, á su juicio, la efusión de sangre; pero los dos adversarios persistieron en la resolución de batirse.

Marcharon pues al bosque de Boulogne, y cuando estuvieron en presencia entrambos campeones, uno de los padrinos tomó la palabra y exclamó:

— Antes de empezar el combate, en nombre de mis compañeros y en el mio, debo hacer aquí una declaración que nuestra delicadeza nos impone y que ha de cambiar sin duda nuestro papel de padrinos en el de combatientes. Ustedes juzgarán. Han venido Vds. á batirse porque la actriz ha recibido un regalo de cada uno, ¿no es verdad?

— Así es.

— Pues, señores, la misma dama se ha dignado aceptar de cada uno de nosotros cuatro un obsequio de igual valor,

Los dos rivales lanzaron una exclamación de sorpresa y de incredulidad; entonces los cuatro padrinos se explicaron sucesivamente en estos términos:

— Yo la he dado un reloj guarnecido de piedras preciosas.

— Yo una cadena.

— Yo un collar.

— Yo un broche de diamantes.

— Pero, señores, las pruebas, las pruebas, gritaron á un tiempo los dos adversarios.

— Aquí están, contestaron en coro sus amigos.

Y presentó cada cual un billete en donde la cómica daba expresivas gracias por la fineza que había recibido.

No era posible dudar de los autógrafos; los dos rivales bajaron la cabeza, y el primer orador repuso:

— Si creen Vds. que el hecho exige reparación por las armas, nos veremos precisados á tomar una parte activa en la lucha, y en este caso cada uno de Vds. tendrá que sostener no uno sino cinco duelos, puesto que deberá batirse con su adversario primitivo y con nosotros cuatro sucesivamente. Con que decídanse Vds; matanza general, la dama que nos ha traído aquí no merece menos.

El vizconde y su rival comprendieron que aquello era ridículo. La espada les cayó de la mano, se reconciliaron noblemente y el lance concluyó con un buen almuerzo.

Un tercer desafío llevó al vizconde de N... al bosque de Boulogne.

Esta vez contra el motivo de la disputa no podía ser válido ningún argumento de los padrinos, y el adversario no había muerto la noche antes.

Los dos combatientes que llegaron casi al mismo tiempo fueron colocados enfrente uno de otro con la espada en la mano, y ya se iba á dar la señal del combate, cuando de repente se oye el ruido de un carruaje y de muchas voces:

— Por aquí, por aquí, ya los tenemos.

Un cabriolé lanzado á escape se dirige hácia el sitio donde iba á verificarse el desafío; un joven se apea volozmente y se planta entre los adversarios gritando:

— ¡Deteneos!

Los floretes se bajan, y todo el mundo se queda estupefacto ante aquella intervención singular.

— Caballero, dice el desconocido al adversario del vizconde, ¿me reconoce Vd.?

— Sí señor.

— ¿Y sabe Vd. por qué he venido aquí?

— Me es imposible ignorarlo.

— Muy bien.

Y volviéndose al vizconde añade:

— Caballero, me llamo Arturo R... y soy oficial de marina. Hace como año y medio el buque á cuyo bordo servía, estaba en Brest dispuesto á salir para una expedición lejana. Una noche después del teatro nos habíamos reunido á cenar algunos amigos, cuando en una discusión que se empeñó entre todos, vuestro adversario que era uno de los presentes, me hizo un insulto mortal, me alzó la mano. Se arrojaron entre nosotros, y quedó resuelto que al siguiente día al amanecer nos batiríamos. Yo marché al buque á tomar las armas, y el capitán me dijo al verme:

— ¿Dónde estaba Vd.? Le he mandado á buscar por todas partes, y le esperaba á Vd. con la mayor impaciencia.

— Hable Vd. ¿Qué ocurre?

— Se me ha comunicado por despacho que he recibido esta tarde el orden de partir inmediatamente; el buque está aparejado y vamos á marchar al instante,

— Mi capitán, concédame Vd. una hora.

— Ni un minuto.

Entonces le conté mi aventura.

— Mucho lo siento, exclamó, pero las órdenes que se me han dado no me permiten acceder á lo que Vd. me suplica. Ante todo el deber; se batirá Vd. á su vuelta.

No hubo mas remedio que obedecer. Escribí una carta á este caballero para explicarle cuál era mi posición, reclamándole al propio tiempo que se dispusiera á darme la satisfacción que me debía á mi regreso á Francia.

No hace mucho ha debido recibir otra carta poniendo en su noticia que llegaría yo en los primeros días del mes entrante. Por motivos que celebro infinito, el viaje de retorno ha tenido lugar en menos tiempo, y al desembarcar en Brest, sabiendo que este caballero se encontraba en Paris, he corrido á buscarle.

Esta mañana me presenté en su habitación con el amigo que me acompaña en calidad de padrino, y me dijeron que había salido para un lance de honor, y que al subir al carruaje ordenó al cochero que le llevara al bosque de Boulogne. Gracias á la providencia hemos podido acertar y llegar á tiempo. Ahora, sea cual fuere la causa de la querrela que le ha traído á Vd. aquí, yo soy antes. El hombre que me ha insultado como he dicho, me pertenece, y no permitiré que se bata con otro sin que haya yo quedado satisfecho.

— Nada mas justo, respondió el hombre; Vd. debe ser el preferido.

Los padrinos emitieron la misma opinión, y el vizconde hubo de someterse. Dejó pues al competidor que hiciera uso de sus armas, y esperó á que la suerte decidiera si debía ó no batirse en aquel momento.

El oficial de marina tomó una espada, y al cabo de algunos minutos de pelea su adversario, herido de un golpe mortal, cayó para no levantarse.

— Está visto, dijo el vizconde volviendo á Paris con sus amigos, es una fatalidad, el destino no quiere que yo me bata en duelo. Pero tengo curiosidad de ver cómo me sacará de la cuarta prueba.

Esta cuarta prueba no se ha presentado aun, dice M. E. Guinot, que ha escrito largamente la historia de estos desafíos, y en vista de la cual acabamos de referirlos en extracto. Poco tiempo después del tercero ocurrido á principios del mes último, el vizconde se casó, y hasta el día ningún

punto de honra le ha hecho volver á empuñar las armas. Es verdad que no hay tiempo perdido.

Varias semanas la atención pública en Paris ha estado fija en los debates de una causa ruidosa que acaba de fallarse en la provincia de Oran. Es todo un drama sangriento cuyos pormenores han llenado las columnas de los periódicos durante muchos días. El aga Ben-Abdallah y dos compañeros suyos fueron víctimas en el camino de Tlemcen de un grupo de árabes que les salieron al encuentro, y que en la misma diligencia los asesinaron cruelmente. Pero según se ha visto en los debates de la causa, estos árabes fueron solo los ejecutores; el alma de la maquinación era el capitán Doineau, que temiendo que el Abdallah hiciera revelaciones al general de Montauban sobre su mala administración de la oficina árabe que tenía á su cargo, les mandó que le dieran muerte.

En todos los procesos criminales cautiva ordinariamente la opinión no tanto el crimen en sí como las circunstancias que le produjeron. Cada cual se interesa en los excesos de una pasión que todos en pequeño hemos sentido, conmueven los dolores procedentes de la sociedad en que vivimos todos, se estudia la lucha del hombre con las dificultades que no supo combatir, cuando es un deber combatir y vencerlas. Pero en la causa de que tratamos es distinto; no se trata en ella ni de nuestras costumbres, ni de nuestra sociedad, ni aun siquiera, digámoslo así, de nuestras pasiones. El amor, ese elemento esencial de todos nuestros dramas, se encuentra ausente; ahí solo vemos tipos desconocidos, costumbres inauditas, caracteres extraños; es toda una revelación de la vida africana.

Este proceso ejercerá una grande influencia en el país, será una lección para el pueblo árabe que hasta hoy posee ideas muy elementales sobre la justicia. El código árabe permite que se pague la vida de un hombre, y generalmente se paga con una moneda singular, con camellos; según la importancia de la víctima el asesino debe entregar un número mas ó menos considerable de esos cuadrúpedos. Cualquiera persona rica puede impunemente cometer el crimen de asesinato.

Y luego reina allí otro principio mas bárbaro aun: todo hombre tiene derecho de matar á otro si le amenazan de muerte. Cuando el presidente interroga á un acusado diciéndole por qué tomó parte en el asesinato de Abdallah, responde con la mayor sencillez:

— Porque si no me habrían matado á mí.

A esto se han reducido las respuestas de todos los que cometieron el crimen. Les habían mandado amenazándoles que mataran á Abdallah, y obedecieron.

Varios abogados de los mas famosos de Paris presentaron las defensas de los acusados á la conclusión de unos debates que llenaron muchas audiencias. Por fin, el capitán Doineau declarado culpable fué condenado á muerte, y sus coacusados respectivamente á presidio, unos por toda la vida, otros por veinte y por cinco años. Algunos quedaron absueltos.

Los árabes cometieron pues el triple asesinato, porque se lo mandaron con amenaza de muerte. Tal ha sido en sustancia su defensa, y esta interpretación del derecho constituye el fondo de la moral en esas comarcas que la Francia tardará en civilizar mucho mas de lo que se imagina. En prueba de que así es, vamos á citar un caso relativo á un comerciante establecido en Tunez. Este comerciante era un francés que se había conquistado una reputación de hombre enérgico en el país; y la población le respetaba mucho; todos comprendían que su inteligencia doblaba su fuerza, y le temían con cierta superstición.

Dueño ya de una fortuna regular se daba una buena vida. Los forasteros eran bien recibidos en su casa, y con grata sorpresa descubrían al lado de los esplendores de la vida oriental los refinamientos del gusto parisiense. El comerciante hacia á sus huéspedes los honores no solo de su habitación, sino de un país que había llegado á ser para él una segunda patria.

Un día que se paseaba en coche por la ciudad con dos compatriotas, señaló á la atención de estos un árabe que estaba tendido delante de su puerta fumando la pipa en una actitud indolente; sin embargo, sus ojos expresivos, sus rasgos acentuados y su cutis moreno daban una alta idea de su energía y su carácter.

Los franceses se extasiaban en la contemplación de aquella fisonomía.

— ¿Con que Vd. quiere hacernos creer, dijeron al comerciante, que es fácil para todo europeo el dominar este pueblo á pesar de las preocupaciones y los odios de religión?

— Nada mas fácil.

— Sin embargo, hará Vd. una excepción en favor de ese hijo de Mahoma.

— No, este no es un pueblo, es un rebaño vil, y ese hombre sufrirá el ascendiente lo mismo que otro cualquiera, respondió el comerciante. Apuesto doce onzas á que si se lo mando, dejará la pipa y la posición horizontal en que se complace, y marchará á pié delante de mi coche. Y por supuesto sin remuneración, contra su deseo y bajo el dominio de mi voluntad.

Se hizo la apuesta.

El comerciante llamó al árabe, pero viendo que no se movía, le dijo cuatro palabras en su lengua con una entonación imperiosa, y los dos forasteros se quedaron atónitos al ver que el árabe se adelantó, se puso á la cabeza de los caballos y echó á correr delante de ellos. Debemos añadir que notaron igualmente que antes de levantarse había echado una rápida ojeada á un par de pistolas que el comerciante llevaba siempre consigo, y así se explicaron el secreto de su obediencia.

El árabe continuó corriendo hasta que el carruaje llegó á casa; allí le despidieron, y se retiró sin desplegar los labios.

La aventura alarmó un poco á los dos forasteros, que hubieron de manifestar sus temores á su amigo.

— No se atreverá á nada, contestó este, y en prueba de que estoy sin cuidado, quiero que esta noche todas las puertas de mi casa se queden abiertas.

Y efectivamente, dió orden á sus criados de que todo lo dejaran abierto desde el vestíbulo hasta su dormitorio.

A la otra mañana temprano el comerciante fué despertado por sus dos amigos, que debiéndose embarcar para Europa, iban á despedirse. Al hacerlo le manifestaron que la inquietud les había tenido en vela toda la noche, pues sin cesar habían pensado en el árabe.

El dueño de la casa se echó á reír de tales zozobras, y llamó á su khodja para darle las órdenes necesarias á fin de que los acompañaran hasta el puerto.

El khodja se presentó trayendo en las manos una bandeja cubierta con una piel de tigre.

— ¿Qué es eso? le preguntó su amo.

— Es la cabeza de tu enemigo, respondió el khodja. Abkra juró ayer sobre el Corán que te mataría; tú diste la orden de abrir las puertas, habría entrado y te habría herido. Como soy un buen servidor tuyo, le he matado para que no te mate.

Y al hablar así, el khodja descubrió la bandeja, y mostró en efecto la cabeza del pobre árabe que la tarde anterior había corrido tanto.

El comerciante se vino á Francia con sus dos amigos despidiéndose para siempre de un país donde las bromas tienen desenlaces tan lúgubres, y huyendo de unos criados que sirven tan bien al que les paga, lo que sorprendió en extremo al khodja.

MARIANO URRABIETA.

El Parcival de Wolfram de Eschembach

Y EL SANTO-GRAAL. — POR G. A. HEINRICH.

La Alemania de la edad media posee un extenso y notable poema que F. Schlegel y otros críticos célebres consideran como la obra maestra de la literatura nacional, de carácter místico-caballeresco, fundado en parte en las mismas tradiciones que constituyen el fondo de otra narración poética de Crestien de Troyes, si bien en ciertos puntos muy diverso, debido al ingenio de Wolfram de Eschembach, generalmente reputado por príncipe de los minnesingers ó trovadores tudescos.

¿Cuál es el origen de la doble leyenda que sirve de base á este poema? ¿Se ha de buscar este origen en las tradiciones célticas, y en caso afirmativo en la Bretaña francesa ó en el país de Gales? ¿Tuvo presente el poeta alemán, según él propio asegura, un modelo debido á un poeta provenzal? ¿Cuál es la intención general del poema? ¿Se trata en él de simbolizar el orden de los Templarios? Tales son los principales problemas que el Parcival sugiere y cuya resolución se propone el joven crítico francés. Prescindiendo nosotros en este momento de la materia que en su introducción ha dilucidado, vamos á seguirle en el exámen de aquellas cuestiones, dando de paso las indicaciones más necesarias para la inteligencia del asunto que se ventila.

El Santo Graal, según ciertas tradiciones que estuvieron en boga durante los últimos siglos de la edad media, era un vaso sagrado que había recibido la sangre del Redentor y fuente de toda clase de bienes para los caballeros encargados de su custodia. En los *Mani bogion* ó antiguas narraciones galesas, se halla la de Bran el Bendito, que cazando un día en Irlanda, llegó á las orillas de un lago, del cual vió salir un gigante negro, llevando en sus brazos una vasija y acompañado de un enano y de una hechicera. El gigante y la bruja le acompañaron á Cambria, en donde le regalaron la vasija: esta tenía maravillosas propiedades en gran manera semejantes á las que se atribuyeron al Santo-Graal, y es de creer que fué el fundamento ó el símbolo de una asociación galesa que imponía el secreto á sus adeptos.

Al recibir los pueblos célticos la verdadera doctrina, no perdieron la memoria de la famosa vasija, y por medio de José de Arimatea que miraban como el primer apóstol de la Bretaña, procuraron dar á su tradición nacional la explicación y el origen que ya hemos indicado. Así vemos en la historia del Graal, que se consagra á su custodia el menor de los doce sobrinos de José, llamado el rico pescador y después rey de Inglaterra, llamándole en el mismo cargo sus herederos, llamados los Reyes Pescadores. Los caballeros de la corte de Artus hubieron también de proponerse la *requesta* y la custodia del misterioso vaso, y de esta suerte se enlazó el ciclo de la Tabla Redonda con la leyenda del Graal: mas uno solo fué el digno de llevar á cabo esta aventura: Parcival, perfecto modelo de las virtudes caballerescas.

Con estos datos corroborados por otros indicios queda demostrada la procedencia céltica, y como prueba Heinrich contra Villamarqué, galesa y no armoricana de la leyenda del Santo-Graal, sin que nada obste la palabra graal, gradal ó grazal, vascuence pura, según Fauriel, puesto que se halla comunmente empleada en escritos de diversa naturaleza en todas las lenguas neo-latinas de la edad media. Advuértase de paso que la etimología *desangre real* que muchos adoptaron, debe desecharse sin género alguno de duda.

Falta ahora estudiar la fabulosa biografía de Parcival cuyo origen galés es todavía mas evidente que la de la leyenda con que anda enlazada. Tres son las narraciones poéticas donde principalmente se halla consignada aquella biografía: el *manibogi* de Peredar; el Perceval

li Gallois de Crestien de Troyes, continuado por otro Trovera, y el Parcival alemán.

Según el primero, habiendo quedado Peredur único huérfano del conde Evrawe, su madre le cria retirada en un desierto á fin de preservarle de toda afición á la profesión de las armas; pero el casual encuentro con tres guerreros decide de la vocación guerrera del manco. Al verle su madre enteramente decidido, le da algunos consejos y le deja partir. Después de algunas aventuras, llega á la corte de Artus, donde un caballero acababa de denostar á la reina, y á su entrada dos enanos hasta entonces mudos le proclaman la flor de la caballería. Enojado el mayordomo Kai, hiere á los enanos, y dice á Peredur que solo en el caso de vencer al ofensor de la reina será digno de ser armado caballero. Vence Peredur, da cima á otras aventuras, y llega al auxilio de un venerable anciano, el cual después de habersele dado á conocer como tío, le da excelentes consejos, y entre ellos el de guardarse de toda pregunta indiscreta si llega á ver algo que pueda admirarle. En otras ramas del Peredur se ve á un rey pescador, la misteriosa presentación de una vasija ó un plato con una cabeza, el silencio de Peredur, y finalmente el reconocimiento de que la cabeza pertenecía á un primo del héroe inmolado por ciertas brujas que él subyuga y castiga. Como el principio de los bellos cantos épicos del Leiz-Brez, defensor de la independencia bretona contra Ludovico Pio, ofrece igualdad de situaciones con el del Peredur, el excelente comentador é investigador breton Villamarqué supone anterior la narración armoricana á la galesa, en lo que le combate victoriosamente Heinrich que trata con el debido respeto á un maestro obcecado, según suele suceder, por teorías sobrado nacionales y sistemáticas.

El Perceval francés presenta también las primeras escenas del Peredur, con la diferencia de que la madre disfrazada de bufon al joven héroe llevada de la esperanza de que de esta suerte tendrá algún encuentro desagradable que le obligará á regresar á su castillo. La principal innovación de la narración francesa consiste en que el plato y la cabeza se convierten en una lanza y un vaso precioso, que son ya la lanza de Longo y el Santo-Graal. Perceval no se atreve tampoco á preguntar lo que son, y con esta hace sin quererlo incurrible la herida del rey pescador. Con esto pasa cinco años sumido en la desesperación, hasta que se confiesa á un piadoso ermitaño, esforzándose de nuevo desde entonces en hallar el castillo del rey pescador y el Santo Graal. Vence varios peligros, cura por otro medio al rey su tío, le sucede, y después de reinar algunos años, se retira á una ermita con los preciosos objetos.

Wolfram censura la obra de Crestien de Troyes, y supone haber tenido presente la de un provenzal llamado Kiot que escribió en francés. Esta extraña circunstancia y el nombre de Kiot (Guiot), francés también y no provenzal, han dado lugar á diferentes opiniones. Fauriel, crítico eminente, pero sistemático y paradojal, se valió principalmente de esta indicación para fundar su teoría de que los trovadores provenzales tradujeron en francés sus composiciones épicas, dando de esta manera origen á la poesía caballeresca del Norte de Francia. Suponen que Wolfram inventó como otros una autoridad apócrifa: sería muy aventurado, pero fuera de su aserción no vemos prueba alguna concluyente de la existencia del modelo provenzal. El señor Heinrich nos parece que ha aceptado con sobrada buena fe algunas aseveraciones del eminente crítico; así, por ejemplo, las cinco alusiones de fecha bastante reciente que hacen los trovadores á Parcival pueden aplicarse, en cuanto podemos juzgar, á la versión francesa no menos que á la alemana.

En esta se presenta considerablemente trasformada la biografía del héroe: se encuentra en ella, es verdad, la crianza solitaria, el encuentro casual con los caballeros, la separación de madre é hijo, los consejos de un caballero anciano, su fatal silencio en presencia del Santo-Graal, su consiguiente desesperación, sus triunfos posteriores; pero nuevos nombres y lugares, nuevos incidentes, un sentido general más profundo y más solemne aparato y acompañamiento. Así, por ejemplo, durante los años de amargura, le consuela la memoria de su ausente esposa Condriamur; el castillo del rey pescador, llamado Anfortas, y el templo del Graal se hallan situados en Montsalvat ó Montsalvatje que designa probablemente los Pirineos; se halla encargada de la custodia del Graal una milicia de *templistas*; Gamaret, padre de Parcival, ha tenido de su primera esposa Belacana, princesa oriental, un hijo llamado Fierofils que interviene en el desenlace del poema, donde recibe el bautismo y es iniciado á los misterios del Graal; finalmente, la ascendencia de Anfortas que adquiere una dignidad y gerarquía suma, procede del Oriente, funda la milicia de los templistas y liberta á España del yugo de los sarracenos.

«La historia que me propongo repetir, dice Wolfram en su introducción, celebra una noble lealtad, el pudor de una mujer pura, el valor de un guerrero que jamás cedió, pero que firme como el acero y fiel al profundo instinto de su corazón, atravesó sin sucumbir días de lucha y de prueba, y cogió con mano victoriosa el galardón de su denuedo.» Tal es el proyecto noble, moral y caballeresco en el mejor sentido de esta palabra que el minnesinger se propone y lleva dignamente á cabo, siendo tan solo de extrañar que en un poema de esta clase, en cierta manera simbólico y fundado en una alegoría mística, domine menos de lo que se creyera y de lo que algunos admiradores suyos han supuesto el espíritu religioso, y que si en él se menciona

el cristianismo sea tan solo de una manera abstracta y teórica. ¿Fué escrupulo del poeta? ¿Fué espíritu antisacerdotal ó gibelino? A la última opinión parece inclinarse el autor del trabajo que examinamos. Por lo tocante á si se propuso simbolizar el orden de los Templarios, no lo niega absolutamente; por nuestra parte nos atrevemos á conjeturar que hubo más bien reminiscencia que intención formal y calculada. Niega sí y con sobrada razón que el Parcival alemán sea una de las tantas exposiciones misteriosas de aquella secreta y vasta asociación de la edad media, que algunos han imaginado confundiendo fechas, lugares y las más diversas tendencias.

Precede á los capítulos destinados al Santo-Graal y al Parcival de Eschembach un bello resumen de la historia de la literatura alemana hasta el tiempo de este poeta, cuya biografía nos da también á conocer. Se opone, como es debido, á los que han dado en echar á menos el paganismo teutónico, y que han sido recientemente imitados por algunos druidistas franceses; mas por lo que hace á los asuntos poéticos, junto con los que los alemanes tomaron á las naciones neo latinas, acaso además de los Nibelungos, debía hacer una detenida mención de las tradiciones indígenas. Notaremos también una minuciosidad por ser relativa á nuestra literatura: dice que la lucha de Rodrigo como hijo y amante es debida al siglo XVIII y al genio de Corneille: ¿porqué no mencionar al pobre Guillen de Castro, cuya obra debe conocer el señor Heinrich por la traducción de H. Lucas? A este propósito recordaremos que recientemente el tan famoso J. Janin confundiendo lo del Cid de Castro y Corneille y lo del *En esta vida todo es verdad y todo mentira* de Calderon y el Heraclio del mismo trágico francés, dice con tono burlesco que algunos han supuesto el Cid de Corneille imitación de un Heraclio de nuestro dramático, pero que desgraciadamente este Heraclio no existe!

Volviendo á la obra del señor Heinrich hallamos á faltar entre sus notas la versión de algunos pasos del Parcival alemán que más se recomiendan por el estilo ó por la composición: sabemos que la crítica puramente estética no está de moda, pero parece que la generalidad de los lectores no sentiría conocer algunas bellezas parciales de la obra que detenidamente se ha analizado á su vista y que de seguro no conocerá por otros medios.

Entre las mismas notas se lee una indicación de los diferentes objetos análogos al Santo-Graal que en diversos lugares se custodiaron. El más famoso fué el *Sacro Catino* de los genoveses de que en el texto habla el autor como trasportado de los Santos Lugares en 1101. Nuestros cronistas suponen que en 1147 lo recibieron los genoveses como partija ó premio de la parte que habían tomado en el sitio de Almería, donde fué encontrada. No hemos comprobado hasta el presente la autenticidad de este hecho, que á ser conocido de los críticos hubiera sin duda figurado entre los méritos del proceso.

El libro de Heinrich, modesto y sólido y de lectura tan amena como instructiva, merece recomendarse á los aficionados á esta clase de estudios (*hélas!* bien escasos entre nosotros). Por otra parte es de notar que anima el mejor espíritu esta obra de un discípulo fiel, aunque no exagerado imitador del venerado Ozanam.

MANUEL MILA.

Los Mercados centrales.

CURIOSA MEMORIA SOBRE LOS PRESUPUESTOS DE LA CIUDAD DE PARIS.

Los mercados centrales constituyen una de las grandes obras emprendidas en estos últimos años. Donde antes existía un barrio todo de callejones, con casas sucias y plazuelas indignas de una ciudad como Paris, se elevan hoy seis magníficos pabellones que son otros tantos monumentos de hierro y de cristal, esbeltos y ligeros en su solidez, y aéreos y luminosos como el palacio de la Exposición de Londres. El ladrillo no entra para nada en esta construcción hermosa sino para el revestimiento de las bóvedas subterráneas y para la pared de dos metros de altura que se extiende entre las columnas de hierro, y forma el recinto inferior de cada uno de los pabellones. De esta pared arranca el sistema de ventilación, y han hecho bien en no extenderle más, pues si no estuviera abrigada la parte inferior de los pabellones, las vendedoras habrían estado mal en el invierno. El aire y la luz entran de todos lados por los vanos superiores, no obstante que no se hallan completamente abiertos, sino que están cerrados con persianas de un género nuevo tan gracioso como original. Las hojas tienen 60 centímetros de largo, y en vez de ser de madera ó de hierro, lo que habría dado un aspecto pesado al edificio y habría sido perjudicial para la luz, son de cristal limado. No se hallan retenidas en las ranuras con almáciga, sino con tiras de cauchú que cogen sus extremidades, y que al unir las sólidamente facilitan sin temor de fractura la dilatación resultante de las variaciones de la atmósfera.

La piedra apenas figura en todo ese gran conjunto mas que para el basamento que sostiene la pared de ladrillos de que acabo de hablar. A fin de que se armonizara mejor con la tinta de las columnas de fundición, la han elegido de un color adecuado.

Anchas calles cubiertas se extienden entre los pabe-



LOS NUEVOS MERCADOS CENTRALES. VISTA INTERIOR DE UN PABELLON.

B.H. CIE

Proy. 1881.

liones poniéndolos en comunicacion y aumentando por el espacio que abrazan la extension inmensa ya de las construcciones nuevas. El terreno ocupado por los seis pabellones y por sus calles cubiertas tiene 20,000 metros.

De los seis, solo dos están concluidos y se destinan á la venta de volátiles, de manteca al pormenor, de frutas y de legumbres. Los puestos tienen dos metros cuadrados y se hallan separados entre sí por un enverjado ancho. El armazon de estos elegantes puestecillos es de hierro como todo lo demas. A uno de los lados hay dos grandes tablas con apoyos de hierro; el mostrador es de mármol. Nada falta ya en estos puestos, sino es las vendedoras que no tardarán en instalarse. Cada cual tiene ya su nombre y su número escrito en blanco sobre fondo azul al frente de su despacho.

En la Pescadería y demás se verán otras disposiciones adecuadas cada una al género de ventas de cada mercado, pues en esta vasta construccion se ha procurado reunir la comodidad con la elegancia, la utilidad y el arte, y sin duda alguna se han sabido llenar tan opuestas exigencias. El nombre del arquitecto, M. Baltard, pasará á los tiempos futuros.

Al tratar de una obra tan colosal, y cuando continuamente nos ocupamos en este periódico de los embellecimientos que se vienen haciendo en Paris de algunos años á esta parte, embellecimientos que no se ejecutan sin grandes gastos, parecenos oportuno extractar aquí algunos pormenores sobre las rentas públicas de la capital de la Francia. Los tomamos de una Memoria que el prefecto del Sena ha presentado al consejo municipal de Paris sobre los presupuestos de la ciudad en 1856, la cual empieza de la manera siguiente:

« Los grandes proyectos que la municipalidad no ha vacilado en emprender de algunos años acá y cuyos primeros resultados han despertado la atencion pública, han hecho que muchas personas aprensivas, lo cual es siempre lamentable aunque sus dudas sean sinceras, criticasen la prudencia de las combinaciones sobre las cuales estaban basados estos proyectos. El deber de la administracion municipal es ofrecer á todas las personas sensatas que saben examinar antes de juzgar, los medios de hacerles ver que si el espíritu de empresa de la municipalidad parece afectar cierta audacia, no desatiende nunca los consejos de la prudencia.»

La Memoria dice despues que la recaudacion de 1856 ascendió á 136.338,530 fr., 53 cs., y que los gastos importaron 103.985,055 fr.; 45 cs., dejando un saldo en favor de 32.353,475 fr. 8 cs. En los grandes ingresos, 38.244,425 fr. 27 cs. figuran como « fondos de empréstitos y otros recursos especiales.» La apreciacion de las entradas para el presente año, incluso el saldo del último, es de 132.449,638 fr. 2 cs., y el de los gastos de 113.514,692 fr. 33 cs., resultando en favor de las entradas un beneficio de 18.934,945 fr. 87 cs. Los ingresos se dividen en « ordinarios y extraordinarios; » el cálculo del presupuesto de ingresos ordinarios para 1857 presentado á la corporacion municipal á principios del año fué de 65.110,958 fr. 30 cs.; pero la Memoria cuenta que por el aumento gradual del producto de los derechos y otras rentas efectuado desde entonces, y por el de la poblacion transeunte de Paris producido por el desarrollo de los caminos de hierro esta suma debe lograr una mejora de 5.257,541 fr. 70 cs., lo cual hace un total de 70.368,500 fr. El resto de la cantidad hasta 132.449,638 fr. 2 cs. debe resultar de los fondos y rentas producidas por los diferentes ramos extraordinarios. El sobrante de los 18.934,945 fr. 87 cs. que se cree resultará en el presente año sería mucho mayor si la prolongacion del boulevard de Sebastopol (orilla derecha del Sena) desde la calle de Greneta á la de Ponceau no se hubiese empezado este año sino el que viene como se tenia proyectado. La Memoria manifiesta que el remanente de este año se acercará próximamente á 20.000,000 de fr. que la municipalidad, en otra ocasion, dijo ser necesario.

Hé aquí ahora algunas particularidades relativas al presupuesto de 1856.

El producto del derecho de puertas importó 44.894,088 francos, presentando una mejora de 3.318,723 fr. sobre el de 1855; deducidos los gastos ocasionados por la recaudacion, el aumento fué de 4.915,861 fr., aumento que no deja de ser muy considerable, teniendo presente que los ingresos de 1855 subieron muchísimo con motivo de la Exposicion universal. Los ingresos de las suscripciones para el abastecimiento de agua presentaron tambien bastante aumento; el número de estas suscripciones es en la actualidad de 9,534. Las rentas producidas por el alquiler de puestos pertenecientes á la municipalidad ascendieron á 253,722 fr., en cuya suma los Campos Eliseos figuran por una cantidad de 19,861 fr. y el bosque de Boulogne por 42,970 fr. El alquiler de las lanchas en los lagos de este bosque está fijado en 26,030 fr., y los ingresos procedentes del alquiler de sillas en los paseos públicos ha dado un aumento de 3,950 fr. La compañía de omnibus pagó 644,750 fr., los coches de alquiler 1.098,522 fr., y los omnibus de los caminos de hierro 61,694 fr. La compañía del gas, por el derecho de establecer cañerías, satisfizo 200,000 fr., cantidad que se convino á pagar anualmente. La cantidad procedente de las defunciones ha disminuido, pues el número de entierros que fué de 30,945 en 1855, no excedió de 26,973 en 1856. A consecuencia del estado en que se encuentra el comercio de vinos, las rentas de las bodegas públicas han experimentado baja, pero en cambio las de los mercados y carnicerías han mejorado.

La gran severidad desplegada en el castigo de los espendedores de comestibles adulterados, ha hecho que la

tercera parte de las multas que corresponde á la municipalidad, tuviese un aumento que ha hecho subir este producto á 26,243 fr. El impuesto sobre los perros dió la suma de 413,810 fr.

Hay además algunas otras rentas cuya procedencia es muy curiosa: — Pusieron en venta las yerbas y el espurgo de árboles de los paseos y jardines públicos; las materias mandadas al estercolero de Bondy dieron 189.160 fr., y se obtuvo la suma de 274,063 fr. por el derecho de verter líquidos desinfectados en las cloacas.

Volviendo á los « gastos ordinarios » encuéntrase los hechos siguientes: — Los gastos de la administracion municipal, incluso los de recaudacion de los diferentes impuestos, importaron 5.806,779 fr.; los de la Prefectura de policía, 12.889,182 fr., y además se pagó al Tesoro público una cantidad de 1.397,191 fr. por la exencion de alojamiento de tropas y para redimir los impuestos que pesan sobre ciertas casas pequeñas de escaso valor.

La subvencion señalada para los hospitales, asilos de beneficencia, casas de expósitos, huérfanos y locos indigentes importa 9.431,007 fr. Para escuelas de instruccion primaria y de canto se dieron 1.497,813 fr. La operacion del censo quinquenal costó una suma considerable.

La reparacion de edificios, empedrados, vias públicas, la conservacion de los establecimientos hidráulicos; paseos y plantaciones públicas consumió una cantidad de 6.424,944 fr. Las reparaciones de los caminos y de las calles que sirven de carretera, y los salarios del personal empleado en estos trabajos importaron 640,039 francos. Las grandes obras ejecutadas en Paris costaron 47.737,749 fr.

Los gastos « extraordinarios » de 1856 comprenden los artículos siguientes: — Subvenciones para asistencia pública, 1.923,555 fr. 18 cs.; reparacion de iglesias, 1.112,447 fr. 83 cs.; reparaciones y decoraciones de la Sorbona, escuelas, Instituto de la Emperatriz, Hôtel de Villa, alcaldías, prefectura de policía, cuarteles, mercados, mataderos, cuerpos de guardia y ensanche de cementerios, 5.494,274 fr. 35 cs.; construccion de nuevas calles y plazas, reparacion de puentes y muelles, embellecimiento del bosque de Boulogne, del nuevo hipódromo de Longchamp y de la Avenida de la Emperatriz, 5.559,037 fr. 60 cs.; extension y distribucion de aguas y construccion de nuevas cañerías, 1.203,821 fr. 22 cs.; boulevard de Sebastopol, orilla derecha, 2.301,182 fr. 96 cs.; idem, orilla izquierda, y calle de las Escuelas, 4.023,961 fr. 53 cs.; boulevard del Norte, 648,681 fr.; adquisiciones de terrenos para mejoras de pequeño orden, 783,124 fr. 15 cs.

La Memoria refiere algunos pormenores sobre el estado de la deuda municipal para el 1° de enero de 1859. Del empréstito de 25.000,000 de fr. contratado en 1849, quedan 11,200 obligaciones que serán satisfechas en 1859; del de 50.000,000 de fr. contratado en 1852, hay 42,520 obligaciones que se pagarán en 1874; del de 60.000,000 de fr. contratado en 1855, se pagaron 30 obligaciones en 1856.

Con respecto al año inmediato la Memoria evalúa los ingresos á 72.409,652 fr., manifestando que los gastos ordinarios y extraordinarios no excederán de este límite. Los gastos exceden de 984,937 fr. á los del presente año con motivo del aumento que se hace en los de instruccion primaria, empedrados, paseos, plantaciones, etc. Examinando detalladamente la Memoria resulta que las mejoras hechas en el bosque de Boulogne costaron, 499,617 fr. 88 cs. en 1853, 1.458,686 fr. 74 cs. en 1854, 887,677 fr. 34 cs. en 1855, 1.362,591 fr. 29 cs. en 1856, y costarán 510,825 fr. 84 cs. en 1857: — total, 4.719,399 fr. 9 cs.; el nuevo hipódromo de Longchamp costó 2.038,438 fr. 88 cs. en 1855, 2.125,073 fr. 41 cs. en 1856, y costará 603,686 fr. en 1857: — total, 4.765,198 fr. 55 cs.; el nuevo terreno, tambien en Longchamp, para corridas de caballos, costó 872,239 fr. en 1856, y costará 2.364,319 fr. 63 cs. en 1857: — total, 3.236,558 fr. 63 cs., y la Avenida de la Emperatriz costó 2.463,177 fr. 36 cs. en 1854, 1.385,064 fr. 9 cs. en 1855, 114,268 fr. 48 cs. en 1856, y 276,883 fr. 50 cs. en 1857: — total, 4.239.393 fr. 52 cs.

Segun parece, el total de los gastos extraordinarios hechos de 1853 á 1857 inclusive ascenderán á 92.904,778 fr. 22 cs., cuya suma se divide de la manera siguiente: — Subvenciones extraordinarias para asistencia pública, 5.816,895 fr. 93 cs.; arquitectura, 22.703,203 fr. 11 cs.; obras públicas, 24,361,831 fr. 77 cs.; obras hidráulicas, 6.726,895 fr. 93 cs.; mejoras hechas en las calles, 33.385,951 fr. 76 cs. De este total deben deducirse 6.053,937 fr. 25 cs. importe de las subvenciones recibidas, á saber: del gobierno, 3.145,000 fr. para el boulevard de Estrasburgo, 1.500,000 fr. para el nuevo hipódromo de Longchamp, 300,000 para la Sorbona, 210,437 fr. 25 cs. para la calle de Rennes; y del departamento, 300,000 fr. para la Avenida de la Emperatriz. Por consiguiente, el total de gastos extraordinarios pagado ó para pagar durante los cinco años ha sido de 86.938,840 fr. 97 cs. Añadiendo á este total 50.415,636 fr. 14 cs. para el pago de intereses, amortizacion de acciones y premios de la deuda municipal, parece que el total que la municipalidad ha desembolsado en los cinco años despues de atender á los gastos ordinarios y conservar una reserva cuya cantidad ha de exceder de 17.000,000 de fr., la suma asciende á 137.354,477 fr. 11 cs., ó por término medio, 27.450,895 fr. 42 cs. al año.

La Memoria concluye manifestando que el estado de las rentas prueba por sí solo que el cargo de imprudencia hecho á la administracion municipal de Paris es infundado, y que esto debe inspirar confianza para el porvenir.

E. P.

EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

El conde insistió sobre la necesidad del viaje á Italia, y el doctor le apoyó.

— Además, añadió este, la señora duquesa no nos sería muy útil. Dos enfermas en un carruaje es quizá demasiado; el viaje que será bueno para Eulalia no podrá menos de cansar á la duquesa.

En el fondo del alma, el buen doctor queria ahorrar á la duquesa el espectáculo de la agonía de su hija.

Se acordó pues, que la duquesa permanecería en Paris, y Eulalia partiría con su marido, su madre política, su hijo y el doctor.

Este último habia mostrado algun aturdimiento en dejar así la clientela; aquel viaje podia costarle caro si duraba mucho. No era difícil hallar un compañero que se encargara de cuidar á la duquesa y á sus demás enfermos; pero Paris es una ciudad que olvida pronto á los ausentes. El jóven doctor profesaba á Eulalia una amistad profunda; sin embargo, la amistad no nos arrebató nunca hasta el punto de que nos olvidemos á nosotros mismos: este es uno de los privilegios del amor.

Por su parte, el conde anhelaba cumplir con todos sus deberes, y queria llevarse á Eulalia con su médico legítimo.

— ¿Cuánto ganais por año, doctor? le preguntó.

— Veinte mil francos, de los cuales vengo á cobrar cinco ó seis mil.

— ¿Y lo demás?

— Me lo deben; los médicos no recurrimos nunca á la justicia.

— ¿Hariais el viaje á Italia por veinte mil francos anuales?

— ¡Oh! señor conde, no hablemos de años; el resto de sus días debe contarse por meses, quizá por semanas.

— Pues pongamos dos mil francos por mes.

El doctor aceptó la propuesta. Siempre se encontrará al interés mezclado en todas las afecciones humanas: lo mismo que en el drama tiene su papel en la comedia. El amor y el odio, el crimen y la virtud, la vida y la muerte no se cruzan nunca sin rozarse con un personaje brillante y sonoro que se llama el dinero.

Al doctor le tocó el encargo de entregar al señor duque de la Torre de Embleuse el precio de su hija. Ni el conde ni su madre habrian sabido dar un millon á un noble.

El doctor que conócía al duque, supo desempeñar fácilmente su cometido; le llevó una inscripcion de cincuenta mil francos de renta diciéndole:

— Señor duque, aquí teneis la salud de la señora duquesa.

— Y la mia tambien, añadió el viejo. Nos habeis hecho un gran servicio, doctor, y quiero que seais el médico de la casa.

El jóven respondió con delicadeza:

— Lo soy ya, señor duque.

Los cuidaba á todos por nada hacia tres años.

En la mañana de las bodas fueron á probar el vestido de Eulalia. La jóven se prestó candorosa á tan triste chanza. La modista notó que un punto del corpiño estaba descosido.

— Ya lo gobernaré, exclamó.

— ¿Y para qué? dijo la enferma; no le he de usar.

Le llevaron su velo y su adorno de flores para la cabeza; nada se habia olvidado.

Estos preparativos eran de una tristeza fúnebre.

La duquesa miró á su hija y se deshizo en lágrimas.

— ¡Nada temais, la dijo Eulalia, me vereis delante del enemigo!... Debo llevar dignamente vuestro nombre: ¿no soy el último de la familia?

Los padrinos del conde fueron el embajador de España y el secretario de la legacion de las Dos Sicilias. Los de Eulalia eran el baron de Sanglié y el doctor Le Bris. Todo el noble barrio estuvo convidado á la misa de matrimonio. El conde de Villanera conócía á lo principal de Paris, y al viejo duque no le disgustaba resucitar públicamente de millonario.

Acudieron las tres cuartas partes de las personas convidadas, y á pesar de la discrecion de los interesados, el público sospechaba alguna cosa. De todos modos es un espectáculo singular el del casamiento de una moribunda.

A las doce de la noche, doscientos ó trescientos carruajes que venian del baile ó del teatro, abrieron sus portezuelas en la plaza de Santo Tomás de Aquino.

La novia salió del coche en los brazos del doctor Le Bris. Notaron que no estaba muy pálida, y es que habia suplicado á su madre que la diera un poco de colorete para representar bien la comedia.

Con paso firme marchó hasta el reclinatorio que le estaba destinado. Su padre la daba la mano y marchaba triunfalmente á su izquierda mirando con su lente á todo el mundo. El viejo noble no pudo contener una exclamacion al distinguir entre la muchedumbre un bonito rostro medio velado, y exclamó como en la calle:

— ¡Bonita muchacha!

Era la Chermidy que se presentaba á juzgar por sus propios ojos cuánto tiempo de vida podia tener Eulalia.

Concluida la ceremonia, una silla con cuatro caballos se llevó á los viajeros hacia la barrera de Fontainebleau; pero no habia andado mucho tiempo cuando volvió al palacio de Villanera, donde era menester tomar al niño y dar á la jóven algunas horas de reposo.

El doctor Le Bris acostó á la novia.

IV.

EL VIAJE Á ITALIA.

Eulalia durmió poco la primera noche de su boda.

Se encontraba en medio de una gran cama con baldaguino en medio de una sala desconocida. Una campanilla de alabastro colgada del techo alumbraba mal los tapices, y mil figuras se destacaban haciendo contorsiones en la pared, y parecía que danzaban en torno de su lecho.

Por primera vez al cabo de veinte años, su madre la faltaba, y en su lugar veía á la condesa de Villanera, que á pesar de sus cuidados y atenciones la inspiraba miedo. En situación tan poco natural, la pobre jóven no se atrevía á velar ni á dormir, cerraba los ojos para no ver las tapicerías, pero al punto los abría de nuevo. Otras imágenes mas espantosas se deslizaban bajo sus párpados. Creía ver á la muerte en persona como los pintores de la edad media la representaban en los misales.

— Si me duermo, pensaba, nadie me despertará; me han puesto aquí para que muera.

Un reloj enorme daba las horas sobre la chimenea. La regularidad inflexible de la péndula la hacia daño en los nervios, y suplicó á la condesa que parara el reloj; pero en breve el silencio la pareció mas terrible que el ruido y mandó devolver la vida á la máquina inocente.

Al amanecer el cansancio se hizo superior á los cuidados todos, y Eulalia cerró al fin los ojos. Sin embargo, un momento despues se despertó y notó con espanto que sus manos estaban cruzadas sobre su pecho. Sabia que en esta postura llevan á enterrar á los difuntos, y sacando fuera de las sábanas sus brazos descarnados, se agarró con desesperacion á la cama. La condesa se apoderó de su mano derecha, la besó suavemente y la conservó entre las suyas. Solo entonces la enferma entró en reposo y durmió algunas horas.

Sonó que la condesa estaba á su derecha con unas alas blancas y un rostro angelical, y á su izquierda veía otra mujer que no conocia. Todo lo que distinguió, fué un velo negro muy denso, dos grandes alas de cachemira y uñas de diamantes. El conde se paseaba con agitación, iba de una mujer á otra, y cada una de ellas le hablaba al oído. Por fin, el cielo se abrió, y bajó de él un hermoso niño regordete, parecido á esos pequeños querubines que guardan el tabernáculo de las iglesias. Voló sonriendo hácia la enferma, ella extendió los brazos para recibirlo, y el movimiento que hizo la despertó.

Cuando abrió los ojos, entraba en el aposento sin hacer ruido la anciana condesa con su traje de viaje y el niño que corría á su lado. El pequeñuelo se sonrió por instinto al ver á la bonita mujer blanca, y quiso saltar á darla un beso. Eulalia trató de cogerle, pero no tenia bastantes fuerzas para ello. La condesa de Villanera le alzó como una pluma, y le arrojó suavemente entre los almohadones de su nueva madre.

— Hija mia, la dijo con una emocion mal sostenida, os presenté el marqués de los Montes de Hierro.

Eulalia tomó la cabeza del niño, y le besó dos ó tres veces. El niño no opuso resistencia, y aun creó que devolviera un beso. Eulalia le miró largo rato, y sintió conmoverse su corazón; luego haciendo un esfuerzo invisible, dijo á media voz:

— ¡Hijo mio!

La condesa la dió un beso por estas dos palabras.

— Marqués, esta es tu madre, le dijo.

El niño repitió sonriendo: ¡Madre!

— ¿Quieres que yo sea tu madre? le preguntó Eulalia.

— Sí, contestó.

— Pobrecito, no será por mucho tiempo, no.

— ¡No! repitió el niño sin saber lo que decía.

Desde aquel instante el hijo y la madre fueron dos amigos. El niño no quiso salir del cuarto, y asistió al tocador de Eulalia. La jóven le tenia sobre sus rodillas, cuando el conde Villanera entró á dar los buenos dias á su mujer y á besarla la mano. Eulalia experimentó una especie de vergüenza al hallarse así sorprendida, y dejó deslizar al niño sobre la alfombra.

Eulalia no habia amado aun mas que á sus padres; no habia estado en ningun colegio, no habia tenido amigas, y no habia visto en la sala de recepcion á los hermanos de sus amigas. Las conversaciones de amor y de amistad que tienen en los colegios, y que gastan antes de tiempo el corazón de las jóvenes, no habian tocado aun á las riquezas de su alma. Amó pues, á su madre política y á su hijo, como una pródiga que no teme arruinarse; consagró al doctor Le Bris una ternura fraternal, pero le fué imposible amar á su marido; esto era superior á sus fuerzas, y mas valia renunciar desde luego.

Y no porque el conde fuera un hombre desagradable; otra le habia hallado perfecto. De todos sus compañeros de viaje fué seguramente el mas paciente, el mas atento, el mas delicado: un caballero de honor encargado de escoltar una jóven reina, no habria cumplido mejor con sus deberes. El era quien disponia todas las cosas para la marcha y para el descanso, quien ordenaba el paso que habian de llevar los caballos, quien elegia las paradas. Caminaban tan poco á poco, que apenas andaban diez leguas en dos jornadas.

Este modo de correr podia cansar la paciencia de un hombre jóven y en buena salud; el conde temia ir demasiado aprisa y que se cansara la enferma.

Creo haber dicho que era fumador. Desde el primer dia del viaje se redujo á fumar dos cigarros por dia,

uno por la mañana antes de salir, y el otro por la noche.

Pero un dia le dijo la enferma:

— Habis fumado; lo conozco en el olor de la ropa.

Y el conde dejó sus cigarros en la primera posada, y no volvió á fumar.

Eulalia lo aceptaba todo de su marido sin agradecerle nada. ¿No le habia dado mucho mas de lo que él podia devolverla? A cada instante se repetía que el conde la cuidaba por deber, ó mas bien por escrupulo de conciencia; que la amistad no entraba por nada en todas sus atenciones; que desempeñaba friamente el papel de un buen marido; que amaba á otra mujer; que no se pertenecía; que habia dejado su corazón en Francia. Pensaba en fin, que aquel hombre tan deseoso de hacerla vivir mucho tiempo, se habia casado con ella prometiéndose que moriría en breve, y se indignaba al verle retardar con tanto ahinco el suceso que habia de colmar todos sus votos.

Eulalia fué tan dura con él, como era suave con todo el mundo. Ocupaba el fondo del coche al lado de la anciana condesa, y el conde, el doctor y el niño, iban en el otro asiento. Si á veces el hijo de Villanera saltaba sobre sus rodillas, y si la viuda dormida por el movimiento monótono del coche dejaba caer su cabeza sobre aquel hombro delgado, Eulalia jugaba con el niño y mecía á la viuda; pero su marido ni siquiera debia preguntarla como se hallaba.

Un dia le respondió con sangrienta crueldad:

— Voy bien, padezco mucho.

El conde miró el paisaje, y vertió lágrimas sobre las ruedas del coche.

El viaje duró tres meses, sin que en todo este tiempo hubiera un cambio, ni en la salud ni en el humor de Eulalia. Ya no se sentía ni mejor, ni peor, siempre la incomodaba la vista de su marido, pero ya se acostumbraba á verle. Cruzó la Italia entera sin interesarse en nada, sin quererse fijar en ninguna parte. Es cierto que en invierno la Italia se parece un poco á la Francia; cae menos nieve, pero llueve mas.

El clima de Niza le habria sido muy provechoso. Villanera habia tomado ya en el Paseo de los Ingleses una bonita casa de color de rosa, con un huerto lleno de naranjos. Pero Eulalia se incomodó al verse en medio de aquella poblacion de tísicos. Los condenados que destieran á Niza, se inspiran miedo unos á otros, y cada cual lee la suerte que le espera en la palidez de su vecino.

— Vamos á Florencia, dijo Eulalia.

Y el conde mandó enganchar para Florencia.

Eulalia observó en la ciudad un aire de fiesta, que parecia una burla de sus infortunios.

La primera vez que la llevaron al paseo donde oyó la música de los regimientos austriacos, y donde las ramilletteras lanzaron flores á su coche, reconvino duramente á su marido por haberla expuesto á un contraste tan cruel.

Quedaba Pisa y la llevaron en breve. Quiso ver el Campo Santo y la espantosa obra maestra de Orcagna. Aquellas pinturas fúnebres, aquellos cuadros de la muerte, dueña de la vida, hirieron su imaginacion, y salió de allí casi moribunda.

Manifestó el deseo de llegar hasta Roma. El clima de la gran ciudad no podia serla muy provechoso, pero sin duda habia llegado á ese punto en que un médico no niega ya nada á su enfermo. Vió Roma y creyó que habia entrado en un vasto necrópolo. Aquellas calles desiertas, aquellos palacios vacíos, aquellas grandes iglesias, donde de trecho en trecho se ve un fiél arrodillado, tomaron á sus ojos un aspecto sepulcral.

Salió para Nápoles donde no se encontró mucho mejor. Vivía en Santa Lucía. El golfo mas hermoso del universo movía sus olas azules ante sus ojos; el Vesuvio humeaba delante de sus balcones, no era posible hallar un sitio mas á propósito para vivir y para morir. Pero Eulalia soportaba con impaciencia el ruido de la calle, los gritos agudos de los cocheros, el paso sonoro de las patrullas suizas y la cancion de los pescadores, y acabó por enfadarse contra aquella ciudad estrepitosa donde no se puede padecer tranquilamente.

La prometieron buscar en las inmediaciones un retiro mas apacible, y ella se empeñó en salir para eso, lo que la produjo una recaída. El doctor admiraba que pudiera resistir tanto; preciso era que la naturaleza hubiese construido su cuerpo con materiales muy sólidos, ó que un alma bien vigorosa retardase la ruina de aquel edificio á punto de hundirse.

La llevaron á Sorrento y á Castellamare; durante ocho dias la pasearon de pueblo en pueblo sin poderla decidir á que eligiera.

Una noche tuvo el capricho de visitar Pompeya á la luz de la luna.

— Es una ciudad en mi género, dijo Eulalia con amarga sonrisa.

Hubo pues, que arrastrarla durante dos horas por el pavimento desigual de la ciudad muerta.

Es un paseo magnífico para cualquiera que disfruta de buena salud. El dia habia estado hermoso; la noche estaba muy templada. La luna alumbraba los objetos como un sol de diciembre, y el silencio añadia un encanto solemne á aquel espectáculo sublime.

Las ruinas de Pompeya no tienen la grandeza colosal de aquellos monumentos romanos que inspiraron tan largas frases á Madame de Staël. Es el resto de una ciudad de diez mil almas; los edificios privados y públicos tienen allí una fisonomía de pueblo. Al entrar en las calles desiertas, al abrir las pequeñas casas, se penetra en la vida íntima de la antigüedad.

Encuétrase allí una mezcla singular del sentimiento artístico que distinguía á los antiguos, y del mal gusto

que pertenece á las personas de la clase media de todos los tiempos. Causa extrañeza descubrir bajo el polvo de veinte siglos, pequeños huertos como los del dia, con su fuente microscópica, los patos de mármol, y en medio la estatua de Apolo. ¡Tal es el dominio de un ciudadano romano que vivía de sus rentas en el año 79 de la era cristiana! El doctor hallaba materia para chanzas en medio de aquellos restos, y el conde traducía á su mujer los relatos interminables del guia; pero la impaciencia febril de la enferma destruía todo el placer del viaje. La pobre jóven no se pertenecía ya, era de su mal y de su muerte próxima. No andaba sino para sentir que vivía, no hablaba sino para oír el ruido de su voz. Marchaba delante, volvía sobre sus pasos, queria ver lo que habia visto ya, se paraba en el camino, y se ingeniaba en buscar caprichos que nadie pudiera satisfacer.

A las nueve sintió frio y propuso volver á la posada.

— Aquí quiero morir, exclamó, para acabar tranquila.

Pero pensó que el Vesuvio podria enviar un rio de fuego sobre su tumba. Habló de regresar á Paris y se metió en la cama con un temblor de mal agüero.

La condesa cenó á su cabecera. El niño estaba acostado hacia un rato. La posadera de la *Corona de Hierro* dijo á los hombres que bajaran al comedor, donde estarian mas á su gusto que en el cuarto de la enferma, y donde hallarian gente: el doctor aceptó la proposicion y le siguió el conde.

La compañía se reducía á dos personas: un pintor francés, rechoncho y de buen humor, y un jóven inglés rosado como un cangrejo. Habian visto entrar á la jóven, y les costó poco trabajo adivinar de qué mal se moría. El pintor profesaba una filosofía alegre, como toda persona que digiere bien.

— Yo, decía á su vecino, si me llevo á ver atacado del pecho, lo que es inverosímil, no viajaré una legua. Por todas partes se cura y se muere. El aire de Paris es quizá lo que mejor conviene á los tísicos. ¿Porqué tiene fama el Nilo? Porque se la han dado los posaderos del Cairo. Sin duda el vapor del rio no es de despreciar; pero ¿y la arena del desierto? La arena entra en los pulmones, se queda en ellos, se reune y ya estais despachado... A esto se me dirá que morir por morir, cada cual tiene derecho para elegir el sitio, lo comprendo: ¿habis viajado por la regencia de Tunez?

— Sí.

— ¿Y habeis visto como cortan el pescuezo.

— No.

— Pues habeis perdido una cosa buena. Cuando un tunecino está condenado á muerte, le dan de término hasta el anochecer para que elija el sitio donde le deben cortar la cabeza. Muy de mañana dos verdugos le cogen del brazo y le llevan al campo; cada vez que llegan á un sitio pintoresco, al lado de una fuente con dos palmeras, dicen los ejecutores al paciente:

«— Este lugar no puede parecerle malo; seria inútil buscar otro mejor.

» — Vamos mas allá, dice el rey, aquí hay moscas.»

Y así le pasean hasta que encuentra un sitio á su gusto, lo que resuelve por lo comun al ponerse el sol. Entonces se pone de rodillas, los dos vecinos sacan los cuchillos y le cortan familiarmente la cabeza, pero tiene el consuelo de morir en un terreno que ha elegido.

Yo he conocido en Paris una bailarina que disfrutaba de la mejor salud, pero que estaba encaprichada de la misma idea. Se habia regalado á sí misma un terreno en el cementerio del Père Lachaise, y de tiempo en tiempo le visitaba, cada vez con un placer mas grande. Sus seis metros de tierra se hallaban en uno de los mejores barrios del cementerio; en las inmediaciones tenia monumentos decentes y vista á la calle mayor.

Pero no hay como vosotros los ingleses para estas manías. He conocido un inglés que queria ser enterrado en el puertecillo de Eretat, porque allí el aire es puro, se descubre el mar y nunca ha estado el cólera. Me han hablado de otro que compraba terrenos en todos los países por donde pasaba, para que no le cogiera desprevénido. Desgraciadamente murió en la travesía de Liverpool á Nueva York, y el capitán le hizo arrojar al agua.

Villanera y el doctor habrian prescindido gustosos de este discurso, y ya iban á suplicar á su vecino que cambiara de conversacion cuando el jóven inglés tomó la palabra.

— Pero yo estaba enfermo hace dos años como la jóven que hemos visto pasar. Los médicos de Paris y de Londres me habian firmado mi pasaporte, y andaba en busca de un terreno que encontré en las islas Jónicas en la parte meridional de Corfu. Allí me instalé esperando mi hora, y me encontré tan bien, que la hora ha pasado.

El doctor tomó la palabra con esa franqueza que reina en las mesas de Italia:

(Se continuará.)

Apuntes de un viaje á la India.

En estos momentos en que los sucesos de la India preocupan casi exclusivamente los ánimos en todo el mundo, creemos serán leídos con interés los siguientes apuntes que vamos á extraer de una série de cartas escritas por un viajero hace pocos años en los mismos lugares á que se refieren. Su mérito á nuestros ojos está en su perfecta sinceridad; todo lo que se dice en ellas ha sido visto, y los dibujos que acompañan á la narra-

cion, están copiados del natural, y forman una colección de escenas y costumbres indias tan verdicas como pintorescas. Sin detenernos en los preliminares del viaje, nos trasladamos de un salto á Bombay.

« En medio de un bosque de palmeras, dice el viajero, se encuentra la gran ciudad de Bombay, habitada por 280,000 indios y guebros, hombres casi desnudos ó vestidos de blanco, con la piel de color de bronce, el rostro y á veces los hombros pintados (al pastel), y adornada la cabeza con turbantes de color de rosa, blancos, amarillos ó verdes; — mujeres medio desnudas también ó extrañamente vestidas con gasas blancas, de color de rosa ó violeta, cargadas de adornos de plata y de oro en los piés, en las manos, en los brazos, el cuello, la nariz y las orejas, y de flores de un olor muy fuerte y suave en el pelo; — templetes indios grotescos, llenos de ídolos monstruosos, rodeados de grupos de faquires descarnados con uñas largas y agudas; — viejas horribles, con melenas y ojos espantosos; — vastos estanques cercados de piedras donde lavan á los difuntos, y donde siempre hay mucha gente; — las capillas silenciosas de los guebros; — las bulliciosas pagodas indias; — un olor de almizcle esparcido en todo el país, olor que proviene de las *ratas de almizcle* que pululan en la ciudad como en todo el territorio de Bombay minado por ellas; por fin, los sonidos de una música bárbara, tal es la primera impresion trazada á grandes rasgos. Al pasar por las calles se suelen ver como en unas jaulas de redes muchas luces; eso quiere decir que allí celebran las bodas indias que tienen mucho de cómico. Casan un niño de diez ó doce años con una niña de cinco ó seis, desnudos ambos, pero cargados de brazaletes y de sor-



Baile dramático representado por Malabarinos en un bosque de Ceilan.

tijas, pintados de amarillo y rodeados de muchos hombres y mujeres: alternativamente los lavan y los pintan de amarillo, y luego les hacen tomar bocanadas de agua que se arrojan mutuamente. Estas ceremonias absurdas duran tres ó cuatro días sin interrupcion, acompañadas de una cencerrada de tambores y de violines. Todo es oropel aquí, excepto los bosques imponentes de palmeras... »

El viajero entra luego en consideraciones sobre los ingleses en la India, y dice que demasiado preocupados en general de intereses positivos, no disfrutan de lo mas original y delicado que hay en el país. Por lo comun desdennan todo lo que difiere de las ideas recibidas; en vano la hermosa naturaleza india se desarrolla á sus ojos; únicamente toleran ó aprecian los parques bien cuidados que les recuerdan los de Lóndres. Cerca de las

habitaciones inglesas en la India se evita todo lo que parece asiático. Así se han granjeado tantas simpatías.

Pasemos ahora á la isla de Ceilan:

« Colombo, que llaman una ciudad, no es mas que una selva enorme, pero una selva parecida á un jardín. Está habitada por una poblacion innumerable de cingalis, de malabarinos, de maleses y de moros que viven en cabañas bajas á la sombra frondosa de los cocoteros, los arecas, etc. Cada árbol es una curiosidad notable, es como un jardín botánico en una escala gigantesca para uno que llega de Europa.

» Hace algunos dias paseándome en los bosques, vi una mujer malabarina bastante graciosa. Estaba vestida de encarnado, y se hallaba cerca de una choza con muchos hombres. Me acerqué al grupo atraído por la combinacion armoniosa de las líneas y de los colores sobre el fondo tan verde de las plantas y los árboles. Vi en la choza un hombre sentado delante de una caja, de la que iba sacando una porcion de adornos de pedrerías falsas, ó cristalillos de color incrustados en madera dorada y recortados de un modo curioso; gorros grotescos, caretas, charreteras enormes, co-

llares, brazaletes, pendientes colosales, etc. Era aquella la habitacion de una bailarina malabarina con su compañía de cómicos.

» Me apresuré á pedirles una representacion para el otro dia que ajusté en diez rupias, y efectivamente, á la otra mañana me presenté á eso de las siete y hallé el lugar iluminado con nueces de coco, que ardan en cañas de bambú. Me indicaron mi puesto en un tronco de árbol caído. Unos hombres desnudos con antorchas encendidas en las manos, extendieron delante de mí un lienzo blanco, detrás del cual se reunieron los actores. Principaron á resonar tambores y campanillas, y el monte antes silencioso y sombrío, se animó de repente con una muchedumbre de habitantes de las cercanías; una cantidad innumerable de niños y de mujeres vinieron á sentarse sobre unas esteras, y hombres

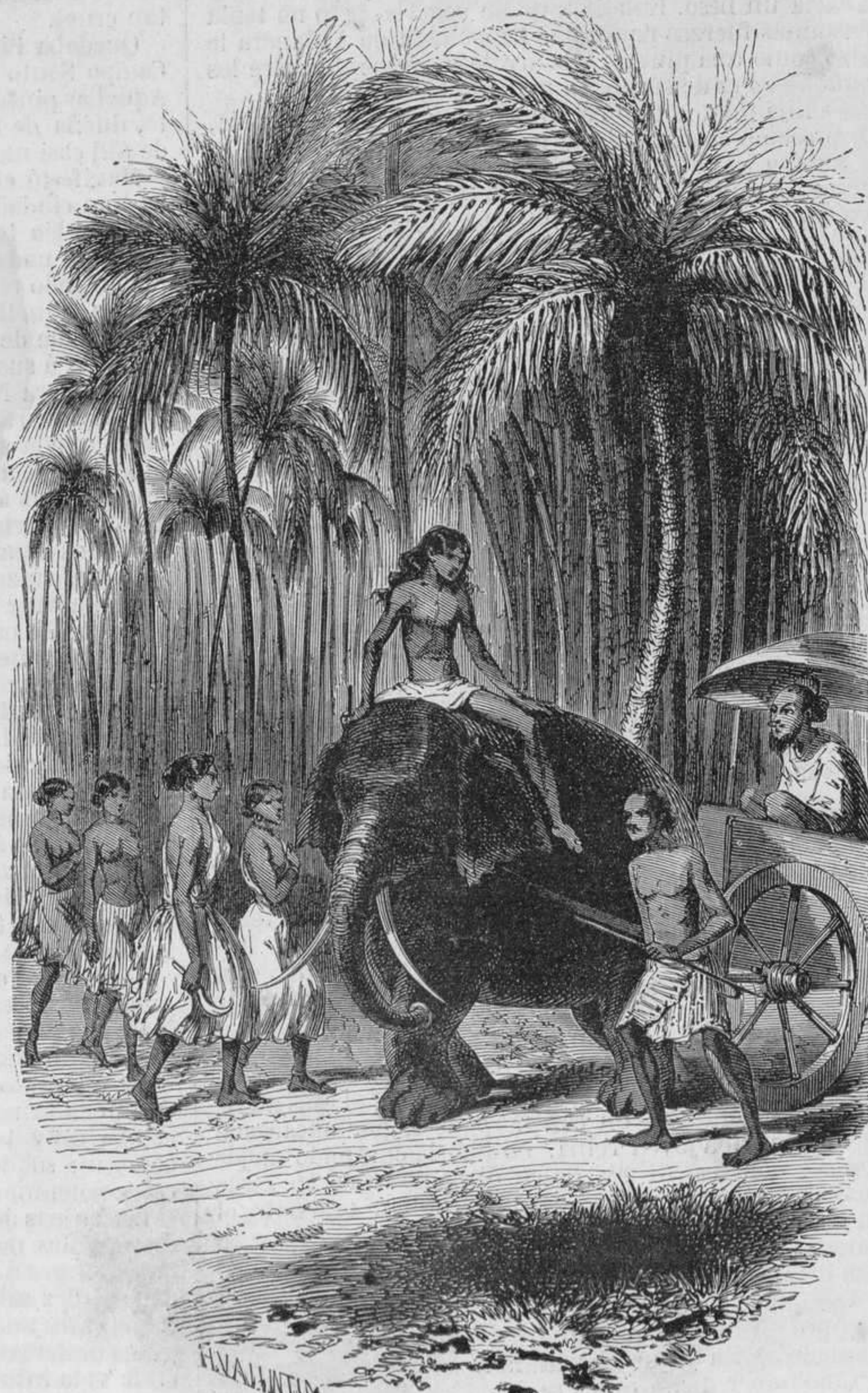
de aspecto feroz poblaron los intervalos negros entre los árboles.

» Aquella escena nocturna, producía un efecto imponente á la claridad fúnebre de las antorchas que permitía á la vista recorrer los huecos de los árboles llenos de hombres desnudos, de ojo triste y apagado, de cutis bronceado, casi verdoso y de larga cabellera. Pero la imaginacion iba mas allá de la mirada, y se lanzaba por aquellos bosques inmensos, soledades impenetrables, habitadas únicamente por los monstruos de los trópicos que nos parecen casi fabulosos en Europa.

» Cuando de repente se bajó el telon para principiar, me quedé deslumbrado con la riqueza y la profusion de los adornos, con las formas singulares y actitudes extrañas que descubrí en el teatro. Representaba aquello un rey de la antigüedad india, magníficamente en-

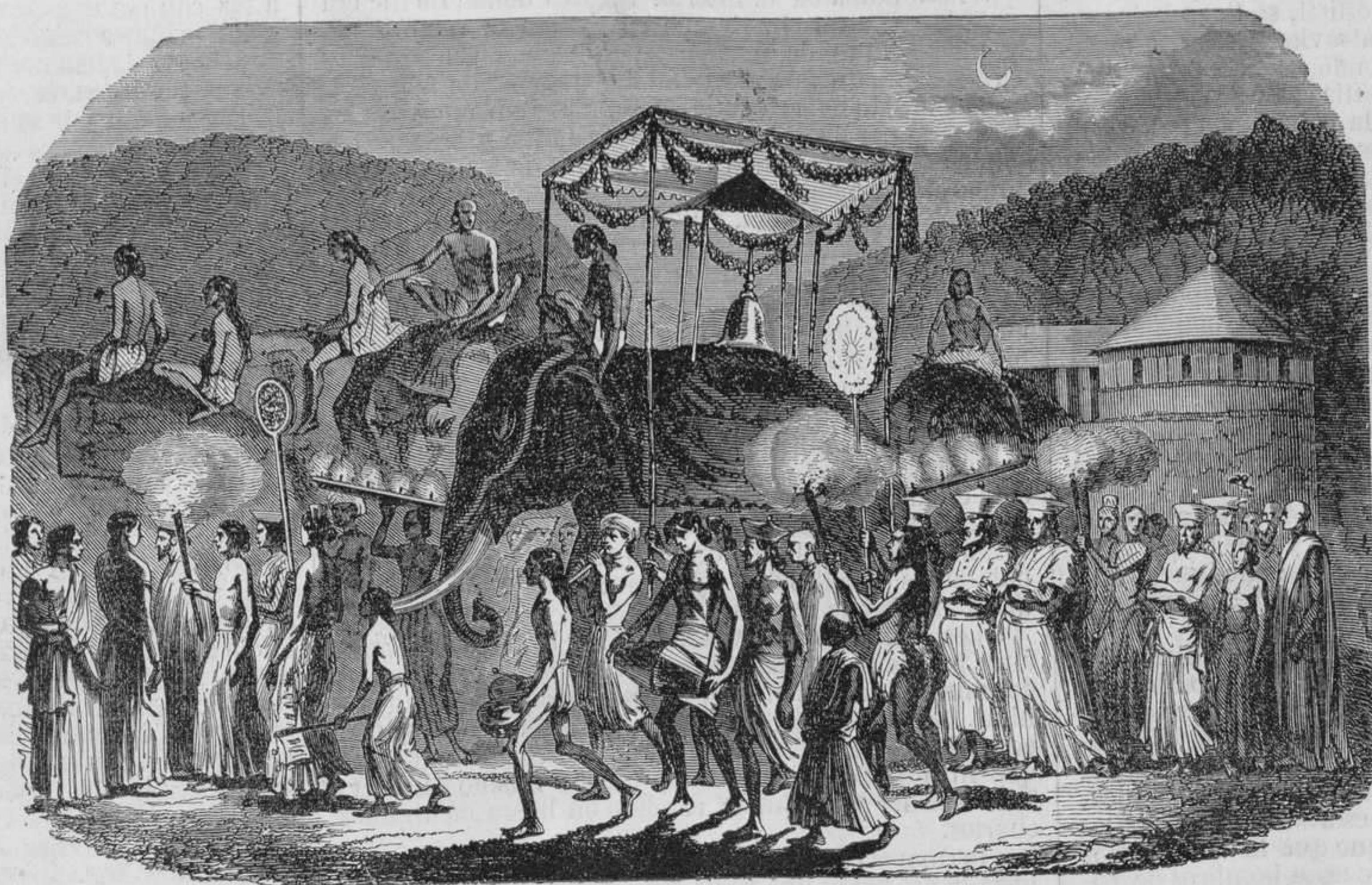


Sacerdotes de Buda Cingalis en Kandi.



Camino de Colombo á Kandi.

galanado y pintado el rostro, algo semejante á ciertos ídolos indios, con un *criss* en la mano que volteaba de un modo singular, y una reina, la mujer de que habló al principio, resplandeciente de oro y piedras falsas, que ejecutaba rápidos movimientos con sus manos, sus pies y su cuerpo flexible. Era muy delgada, bastante bonita, y cantaba con una voz desentonada. Luego se veía un ministro ó general del rey armado igualmente con un *criss*, y tan cómico en su género como el rey; despues su bufon con una barba larga y un vientre inmenso, — un hombre vestido de mujer que hacia la esposa del ministro, y por último un mozuelo con traje fantástico, al estilo de los ídolos, y todo ello representaba un episodio de la antigua mitología india. Los personajes bailaban que era un portento: los movimientos del rey no eran muy propios de su larga vestidura mitológica. La expresion de su rostro pintado de amarillo claro para denotar su alto origen, era viva y radiante, y declamaba con un tono enfático muy significativo. Con los ojos chispeantes y temblando como un azogado, se adelantaba á veces hácia mí, y cuando estaba cerca, se inclinaba llamándome *radja*, título de cortesía que dan aquí generalmente á los que pagan. Luego aparecieron algunos hombres desnudos con sus *criss* de madera, y principiaron á darle de



Fiesta de la Luna en Ceilan.

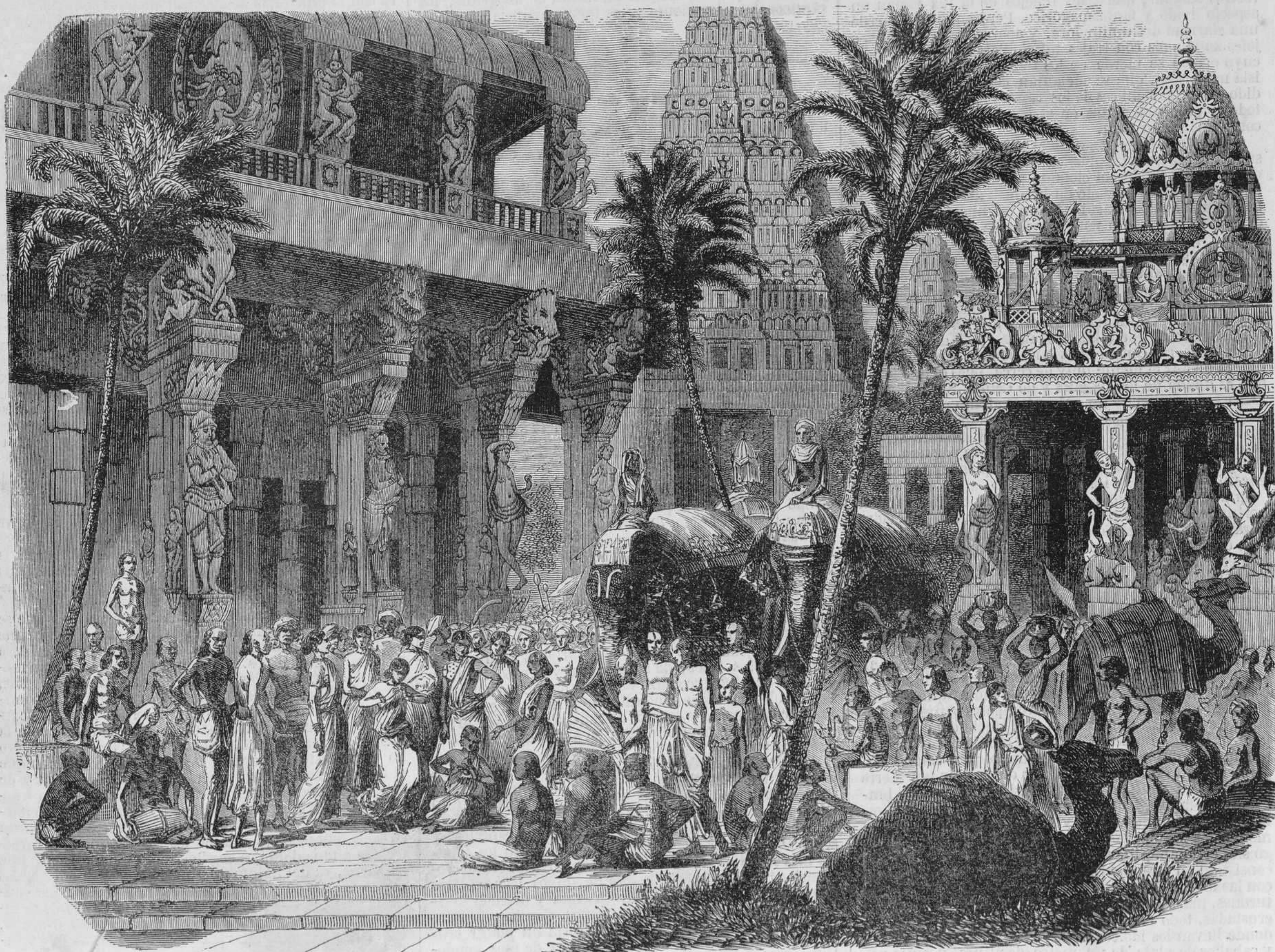
palos con mucha agilidad. Figuraban sin duda una invasion de bárbaros. Entonces acudió otro rey súbitamente, vestido del mismo modo que el primero, pero con una cola de pavo real y un puñado de plumas que agitaba como un poseido pegando á todo el mundo. Arrancó la corona al primer rey y tomó posesion de su trono, especie de banco de madera con piés retorcidos.

tes y proyectan un brillo extraño sobre las montañas y los precipicios cargados de vegetacion. El silencio de esos lugares se halla á menudo interrumpido por el trueno lejano que anuncia las borrascas del equinoccio, y por el lúgubre *tam tam* de los bonzos que resuena en la selva, pues con frecuencia en sitios que parecen inaccesibles se halla oculto un templo misterioso donde se prac-

Todos le adoraron. Vino despues una especie de dervis ó mágico con gorro puntiagudo, los cabellos flotantes, muy alto, el cuerpo desnudo y con grandes collares, y el rostro pintado de geroglíficos amarillos. Por fin, á las diez y media de la noche me marché y ellos siguieron bailando, tocando y cantando siempre bajo el cetro del usurpador. — Esta escena habia tenido lugar á siete ú ocho vestes de Colombo. »

En este viaje que, como hemos dicho ya, tiene el mérito de carecer de todo artificio de composicion, los contrastes saltan por sí mismos á la vista, y para variar la naturaleza de nuestros extractos, no tenemos mas que seguir el orden de las cartas. La que acabamos de citar nos ha hecho asistir á una representacion teatral; esta otra nos lleva antelos sacerdotes, y vamos á presenciar una ceremonia religiosa, tambien en Ceilan.

» En esa isla sombría, un crepúsculo vela el aire cargado de electricidad, pero los relámpagos son frecuen-



Reunion diaria de los brahmanes en honor de las divinidades conservadora y destructora en el convento de Condjeveram, cerca de Madras.

tica el budismo antiguo según sus formas primitivas.

» Por un sendero tortuoso y difícil, se llega bajo una espesa enramada que el sol no atraviesa nunca, á la escalera de un templo rústico, donde unos sacerdotes afables, vestidos de amarillo, de cútis color de cobre y expresión austera, afeitados en la cabeza y en todo el cuerpo, introducen al viajero en un recinto silencioso perfumado con las flores mas raras, y allí á la débil claridad de una lámpara de aceite de coco, descubre un buda gigantesco sentado en una roca y pintado con colores vivos (amarillo ó naranja), tendido ó en pié que ocupa todo el largo ó toda la altura del templete. Esos sacerdotes hospitalarios, animados de una bondad cordial y modesta, me ofrecieron refrescos sencillos hechos con vegetales. Unos niños, de los que se educan en esos templos, me prodigaron muchas atenciones; los unos me daban aire con grandes abanicos, los otros me presentaban agua para refrescarme, ó frutas monstruosas como solo allí se encuentran. Habiendo notado uno de ellos que una mecha de mi pelo se habia separado de las demás, sacó un peine de su bolsillo y me le dió muy sério (los cingalis cuidan mucho sus cabellos que llevan muy largos), y todo pasó en medio del silencio mas respetuoso.

» Esos sacerdotes del monte enseñan á sus discípulos la bondad y la modestia, y hacen de ellos hombres de bien como lo son en general los cingalis, que pasan su vida practicando la virtud en la calma de una existencia monótona. Los hombres que habitan esa comarca maravillosa, tienen facciones nobles, mucha candidez, un cuerpo bien formado, alta estatura, movimientos graciosos y una cabellera de ébano que flota en largas ondulaciones sobre una espalda y unos hombros de color bronceado, cuando no va trenzada, con raya en medio. Su vestidura consiste en un lienzo blanco, rojo ó de dibujos singulares que los cubre graciosamente los riñones.

» Algunas noches una música inusitada viene á herir los oídos, y á la luz rojiza de las antorchas se descubre una procesion de elefantes enjaezados, y con baldaquinos donde llevan reliquias de Buda de un templo á otro. El humo de las antorchas esparce un olor fúnebre. Cuando uno se encuentra en medio de esa procesion nocturna y fantástica, se experimenta un aturdimiento producido por el ruido del tambor y de las campanillas que agitan los monstruos gigantes, y se contrista uno al ver la expresión triste y sombría de los rostros cingalis, que á los reflejos de la luz toman un aspecto lívido y fantasmagórico. Pero en breve sucede una claridad deslumbradora, y aparecen los adigares ó jefes kaudianos con trajes mitológicos de color blanco, cuyo origen se pierde en los tiempos fabulosos de esa isla misteriosa, que se adelantan con paso lento y medido como las sombras de los reyes en *Macbeth*. Por fin, toda la procesion entra en el bosque, y se desvanece como una vision vaga.

» Cuando uno se pregunta si todo aquello ha sido un sueño, la procesion fantástica vuelve hácia el templo de donde habia salido; el elefante principal sube los escalones para ser despojado de las insignias sacerdotales. La entrada queda obstruida; á mí me hicieron pasar por debajo del monstruo para enseñarme los misterios del templo. Me mostraron las alhajas antiguas, citándome los nombres extraños de los radjas de la India, que regalaron cada uno de esos objetos de un trabajo curioso aunque muy tosco, y las masas de oro de que está cubierto el diente del Buda, diente sagrado que se halla hoy en poder de los ingleses. Hay allí una guardia de maleses feroces que vigilan de noche y de dia, dispuestos á desgarrar con su criss envenenado á todo el que quiera adorar el diente muy de cerca, pues el que le posee, es dueño de los cingalis y de Ceilan. Sin embargo, los sacerdotes viendo un extranjero atento que contemplaba con respeto sus cosas sagradas, se mostraron muy afables conmigo; me hicieron subir al elefante despojado ya de sus insignias, y me pasearon por una calle de Kandi-desierta á tales horas... El esplendor de esa isla encantada cautiva la imaginación...»

El autor se despide de Ceilan, y trata con un capitán portugués de un buquecillo de treinta y siete toneladas para su transporte de Colombo á Madras; al cabo de dos dias de borrasca, y de otros dos que pasaron en los arrecifes, llega á Ramisseram, islote que se halla entre Ceilan y la península de las Indias, donde se encuentra un monasterio célebre.

» Al acercarme á las torres blanquecinas del monasterio, ví un elefante apostado en el camino y otro mas allá, ambos cubiertos con mantillas encarnadas, que al punto vinieron á mi encuentro acompañados de una muchedumbre de indígenas y precedidos de braminos con flores, y doce ó trece bailarinas indias que se adelantaban bailando al son de las trompetas y timbales.

» Dejé el palanquino para ver el efecto del cortejo, y para recibir los homenajes que me rendian. Los braminos me cargaron de flores, me pusieron un collar, una corona y unos brazaletes de flores de un olor tan fuerte como el del jazmin... Pueblo, músicos, bailarinas, braminos, elefantes, todo entró con nosotros bajo unas galerías de columnas largas y majestuosas formadas de monstruos mitológicos y alumbrados como por un fuego subterráneo. Vimos las ricas alhajas del templo, que consistían en grandes medallones en forma de pájaros con las alas abiertas, adornos de cabeza, brazaletes, cinturones, mazas de oro con grandes piedras preciosas incrustadas, todo en abundancia; y luego el palanquino donde llevan los ídolos en las fiestas, y elefantes, toros y caballos de plata de un metro de altura, y cuyo uso desconozco.

» Pero habia en el interior lugares donde no me era posible penetrar. De tiempo en tiempo se veian luces, y unos grupos de mujeres se deslizaban por aquellas cavernas oscuras ó salian de ellas tristemente...»

Después de haber salido de Ramisseram nuestro viajero pasó por delante de la isla de Jaffna y descubre la ciudad de Negapatam; una mezquita de los moros con minaretes inmensos, en un sitio llamado Nagar; Tranquebar, ciudad danesa, y por último Pondichery donde se detiene. Medio vestidas con sus antiguos ropajes, las indias se distinguen allí por el estilo noble y el pintoresco descuido de sus tocados, por la gracia inefable de sus movimientos, por la naturalidad seductora de sus atractivos. Todo en ellas es sencillo y grave. En sus fisonomías se nota cierta expresión de tristeza, vaga, desconocida en Europa, y de un encanto irresistible.

Después de haber asistido en Arcot á las maniobras de un regimiento de cipayos de caballería, llega á Madras donde el gobernador de la provincia le recibe con mucha cortesía; el viajero se apresura á visitar Condjeveram, ciudad oculta en un bosque sagrado, con 50,000 habitantes (de ellos diez mil braminos), y que contiene una infinidad de pagodas.

» Los braminos informados de mi llegada, enviaron á mi puerta tres elefantes, y una banda de bailarinas y de músicos; las bailarinas, aunque jóvenes, no eran bonitas. Los elefantes producian un efecto soberbio en aquel fondo de palmeras, y los hombres y las mujeres que invadieron mi aposento, tenían mucho carácter. Toda aquella gente habia acudido en busca de algunos cuartos.

» Permanecí en Condjeveram hasta por la noche, y justamente habia una fiesta con procesion. Imagínese el lector en medio de aquella arquitectura extraña, al resplandor de un centenar de antorchas, un ídolo colosal dorado (creo que era de plata) que aparecia de repente adornado de flores sobre un tablado inmenso que arrastraban muchos hombres, adelantándose en medio de un pueblo de braminos. A esto hay que añadir los músicos furiosos montados en vacas. El ídolo dió una larga vuelta por el interior del monasterio y por sus patios espaciosos, y luego salió por el inmenso pórtico coronado con una torre mas alta y mas ancha que el torreón principal de Moscov, pero que es de piedra de granito minuciosamente esculpido y tiene, segun me han dicho, mas de cuatro mil años. Así pasó por las calles de Condjeveram y por los bosques en medio de los gritos, los cánticos, las adoraciones y los fuegos artificiales.»

(Se continuará.)

Capítulos de carta.

UN PASEO Á MEDELLIN, CAPITAL DEL ESTADO DE ANTIOQUIA, EN LA REPÚBLICA DE LA NUEVA GRANADA.

Nare 22 de julio de 1857.

Mi querido amigo:

Mas tarde, acaso llevaré á cima la idea de publicar mis Memorias de viaje; y entonces, las mas cuidadas páginas se las llevará el Estado de Antioquia. Mientras tanto, por todo lo que dejo dicho á Vd. en mis anteriores, puede Vd. venir en conocimiento de las inmensas riquezas que encierra este país, y del hermoso porvenir que le está reservado.

En cuanto á Medellin en particular, diré á Vd. dos palabras. Esta ciudad es la capital del Estado; su clima es delicioso; juzgo que su temperatura media llega á 23° del centígrado. No hay allí sino dos estaciones — la seca y la pluviosa. Esta ciudad vista desde el Alto de Santa Helena, produce la misma impresión que la que se experimenta al divisar la bella ciudad de Como, situada á un lado del poético lago que lleva el mismo nombre: en ambas ciudades he hallado sitios de lo mas ameno y pintoresco, y una naturaleza galana y amena; ofreciendo el conjunto el panorama mas encantador.

Para llegar á Como, después de atravesar el lago de los Cuatro Cantones, se toma una de esas diligencias, raras en su género, que ruedan con la velocidad de un trineo sobre la nieve, y en ellos se hace la correría de esa parte agreste y ruda del famoso San Gotardo, donde los espesos bosques de abetos y pinales se suceden los unos á los otros; dejando ver encima de ellos las crestas de las montañas coronadas de nieve y reflejando el verde matiz de sus galanos árboles sobre lagos congelados los unos, de agua pura y trasparente los otros. El camino que cruza la montaña, nos prueba que no hay obstáculo que el hombre no pueda vencer á fuerza de constancia, y esto da la esperanza de ver al fin buenas vias de comunicacion en estos montañosos y quebrados países.

Para llegar á Medellin, después de haber subido una gran parte del Magdalena, se toma el río Nare, que tambien se llama río Negro, teniendo por embarcacion un champan ó una canoa; á uno y otro lado se divisan enormes rocas de mármoles de diferentes especies, y sobre ellas, en forma de anfiteatro, se elevan los árboles mas frondosos y se exhibe las mas exuberante vegetacion. El espeso ramaje que de ambos lados del río se avanza hasta la mitad, ofrece grata y deseada sombra, y convida á soñar dulces sueños. Con las gondolas venecianas y sus alegres remeros seria un placer cruzar este río. Desgraciadamente, en vez de esos gondoleros afables, corteses, que entonan tan bellas canciones ó relatan tan sabrosas historias, uno se encuentra faz

á faz con esa especie de hombres desnudos, insolentes y tan gritones como una guacharaca, que apellidan bogas, bogas degenerados, que si conservan la insolencia de sus predecesores, han perdido el chiste y la sal que distinguía á los de su gremio.

Llegando á la Bodega de Remolino, que está en una hondonada, se toma el camino que conduce á Medellin. Ya pasamos el lago de los Cuatro Cantones, ahora nos toca atravesar nuestro San Gotardo, sin su senda que surca en forma caprichosa las escarpadas rocas, sin sus altas y espesas murallas, que se oponen entre el abismo y la veloz diligencia; pero igual, sino mas rica en su lujuriosa vegetacion, en su espesísima arboleda, donde gorjean gayas aves, gritan los pintados guacamayos, y se agitan bulliciosas las traviesas turbas de monos y titíes, y donde el eco de las selvas, el murmurio de las auroras, la estentórea voz de los torrentes, á la vez apellidan — ¡libertad!

El camino lleva el pomposo título de *Real*, y á la verdad, no solo es real, sino imperialmente malo y escabroso. En la senda que se atraviesa, ya se encuentra una subida mas áspera que las descritas por el Dante en su *Divina Comedia*, ya una bajada que hace honor á la cuesta que se ha subido; aquí se tropieza con una enorme piedra, que desde años atrás campea señora de ese sitio; allá se ve uno atajado por dos ó tres enormes troncos de árboles seculares, que el huracán hizo dar en tierra; ora un marjal quiere conservar en su lodoso seno al caminante; ora una honda quebrada parece oponérsele á su marcha. Y no es que el Estado de Antioquia tenga el privilegio de los malos caminos; por toda la extension de la República las vias de comunicacion se hallan en igual atraso, siendo esta la causa de nuestro malestar y poco progreso material. Pueblos independizados ayer, los de América apenas han tenido tiempo de ocuparse en la árdua tarea de su organizacion social. Mas ya el culto de los intereses materiales va extendiéndose, y no muy tarde, la Nueva Granada ocupará el puesto distinguido que le corresponde como país productor, minero y comercial. Si han sido rápidos sus adelantos morales é intelectuales, yendo hoy á la vanguardia de los pueblos libres de la América española, presto hará el asombro del mundo por sus adelantos materiales.

Entre tanto, siguiendo el camino que trabajosamente nos conduce á Medellin, continuemos sufriendo por ahora con la esperanza de alcanzar mejores tiempos y menos escabrosas sendas. En una gran parte de la que seguimos, millares de chicharras nos regalan con su monótono concierto, acompañadas de vez en cuando por el grito revolucionario de las guacharacas. A veces se oye un ruido semejante al que hace un aguacero fuerte cuando empieza á caer en la espesura, ó al que produce la hoz del leñador, que abate los árboles: es una partida de monos que ágiles y traviesos recorren la montaña, desgajándose de rama en rama. En ocasiones, el oído se recrea oyendo el fino canto del gualdo y dorado toche, y á cada instante se escucha el penetrante grito del pájaro de enorme pico y lindo plumaje, que apellidan «Dios te dé,» porque parece expresar esa frase; no se sabe si tan donoso pájaro desea al caminante buena ó mala suerte; pero bien justo es que Dios dé toda especie de ventura al que tan áspero camino cruza.

Para atravesar esa senda, solo hay tres medios: ó ir en el *caballito de San Francisco*, ó en una buena mula, ó en un *hombre-macho*, que á veces es mas fuerte y pujante que la mejor mula.

No siempre se encuentran cabalgaduras; pero por mi parte á falta de estas, prefiero ir por mis propios piés que por los de otro hombre; pues hasta ahora no he experimentado nada de mas desagradable que la impresión que se recibe yendo á espaldas de un *carguero*: se sienten las contracciones de sus músculos, se oye con pena su jadear profundo, — á cada vez que respira, traduce lo que sufre. Yo creo que el hombre no tiene derecho para degradar á su semejante convirtiéndolo en bestia de carga. Hay servicios que aunque se ofrezcan, no se deben aceptar.

No creo menos desfavorable la condicion del que va á cuestras: eso de equipararse con un tercio, me parece un tanto degradante. Vayan cargados los que tengan la insensibilidad de un fardo; yo prefiero darme la pena de caminar, tener los piés llagados y las fuerzas exhaustas; pero reconozceme hombre.

Diversas son las temperaturas de los lugares que se atraviesan. En la primera casa ó choza que el caminante aporte, es recibido con esa cordialidad tan característica de los neo-granadinos. Las pulgas y las chinches son menos amables, y erigiéndose en despotas de las posadas, sacrifican á los pobres viajeros. Como no hay abundancia de albergues, es preciso dormir *pêle-mêle* con los cargueros que uno lleva á su servicio, y con los que á la misma posada aciertan á llegar. Si por acaso, el viajero no va provisto de hamaca, no encuentra mas lecho que el mullido suelo; y después de un dia de brega y de faena, al tenderse en tan agradable cama, empieza á gozar de las amables caricias de las chinches, y á deleitarse con la deliciosa serenata de los cargueros que roncan en coro, pues este es uno de los rasgos que mas caracterizan á tan adorables sugetos. Creo que su filarmonía les viene, ya del hábito que tienen de llevar á espaldas por lo menos 60 kilogramos, tarea que los hace roncar despiertos, — ya de las famosas cenas con que se regalan, compuestas de frijoles y pan de maiz ó arepa, humedecida con algunos tragos de anisado. — Hay tambien *cargueras*, algunas de mas pujanza que los hombres; y todas ellas rechonchas, feas, grasosas, verdaderas *Maritornes*. Estas han perdido su sexo caigando, así

como dice M. de Lamartine, que lo ha perdido Mme George Sand en sus lides políticas y literarias. Y efectivamente, si el sexo femenino es débil y bello, aquellas cargueras que son feas y fuertes, deben pertenecer á otra categoría; y aquí viene el tercer estado del abate Sièges.

En cuanto á alimentos, la cosa no va mejor que por lo que respecta al alojamiento. Si el viajero no se ha provisto de víveres en Nare (1), cosa bastante difícil, tiene que aprender á comer arepa de *todo maíz* y frijoles, ó adquiere la gran ventaja de habituarse á no comer.

En el tránsito, en cada barranco, en cada quebrada, en el primer pozo que se observe, puede reconocerse, sin estar afiliado en el gremio de los mineralogistas, que todo este país es un *Eldorado*. En las montañas cercanas á Marinilla, abundan el gneis, las exquisitas micáceas y las talcosas.

Después de haber soportado toda especie de penalidades, dejando atrás varios pueblos, entre los cuales el más importante es el Peñol, se llega á Marinilla, villa ventajosamente situada, que se halla á unas 2,467 varas sobre el nivel del mar, conteniendo una población de 4,000 almas. El aspecto del país revela la índole de sus habitantes: las calles son bastante rectas y aseadas, las casas, en lo general, cómodas y espaciosas. Esta ciudad siempre ha defendido la buena causa, y su progreso es visible. Sus habitantes son valientes hasta el heroísmo. No sé si tienen mucho ó poco genio; pero sí se puede asegurar que abundan en lo que á veces vale más que el genio—el buen sentido. Hoy tiene Marinilla un párroco, que habiendo sido discípulo del ilustrado y santo señor arzobispo Mosquera, honra la memoria de su maestro.

En seguida se encuentra la ciudad de Rio-Negro, situada hacia las cabeceras del río Nus, y como á unas 2,506 varas sobre el nivel del mar; su población general no baja de 9,000 habitantes. Su clima es delicioso, y aun cuando escogieron el punto más desfavorable para edificar la ciudad, pues está situada en la parte más honda, no obstante, su posición es pintoresca. Es opuesta en ideas políticas á Marinilla; pero ha sido la cuna de muchos valientes, entre los cuales merece especial mención el joven y malogrado general José M. Córdova.

Por fin se divisa Medellín: la tierra prometida tras la ruda peregrinación del desierto; pero de un desierto en donde si no es necesaria la vara de Moisés para hacer brotar de la roca el agua apetecida, el menos lamenta uno á cada paso que no descienda el maná del cielo.

Medellín está en una latitud Norte de 5° 20' á 8° 0', y su longitud Occidental es de 74° 0' á 76° 0': su elevación sobre el nivel del mar llega á 1,786 varas. Tiene cerca de 20,000 habitantes. Sus productos son muy variados, y los principales son trigo, maíz, arroz, cacao, café, frijoles, caña de azúcar, coco, muchas clases de legumbres y hortalizas, etc., etc. En sus cercanías, como en el resto del Estado de Antioquia, se encuentran ricas minas de oro, hierro y carbon de piedra; hay también minas de plata que no se explotan. Como he dicho á Vd. en mis anteriores, en el Estado de Antioquia se encuentran ricos depósitos de platina, hay minas de esmeraldas y granates.—Sus salados son de alguna extensión. En algunos puntos se trabajan sombreros de paja bastante finos y de mucha blancura, aunque no de gran duración. Se ha empezado con muy buen éxito el cultivo del tabaco, y algunos cigarros labrados en Envigado me han parecido tan buenos como los mejores de Ambalema. La exportación de oro ha aumentado desde que se expidió la ley libertando su comercio, y asciende á cerca de 4,000,000 de pesos por año. Con mejores vías de comunicación, este Estado, que cuenta más de 200,000 habitantes, puede venir á ser un emporio de riqueza; hoy es una de las secciones más florecientes de la Nueva Granada. No hay belleza ni riqueza de las que hacen la herencia de esta república, que no se hallen en Antioquia.

La posición de Medellín, como ya dije, es de lo más pintoresco que darse puede: se extiende sobre un valle delicioso, y es regado por un río y una quebrada; que si resbalan mansamente en la estación seca, se muestran invasores en la estación de lluvias. La quebrada es rica en arenas auríferas; pero la policía ha prohibido que se explote. Dos morros simétricos dominan la esplanada, elevándose sobre el valle, como las dos *ondulaciones* de que habla M. de Lamartine, se elevaban sobre el bello seno de Graziella.

Bogotá está orgullosa con su inmensa sabana, que vista de lejos remeda el mar en su extensión y color. Pero la monotonía es el privilegio de la sabana de Bogotá, como lo es también su fertilidad. En Medellín, tras el valle se suceden las colinas, y allá á lo lejos se destacan en el horizonte las altas montañas; y valles, colinas y montañas presentan los matices más diferentes, desde el verde esmeralda hasta el pajizo y el oscuro. El paseo de la Quebrada, el del río y el que conduce al pintoresco sitio del Envigado, son encantadores. Las noches de luna en Medellín tienen más apacibilidad y misterio que en ninguna otra parte. Grato es ver brillar la luna tímida y dudosa sobre esa Maga adormida al arrullo de sus linfas, á la sombra de sus sauces y cipreses, y bajo el influjo del aroma de los lirios y azahares. Las noches

(1) Nare, el puerto en que tiene que tocar para dirigirse á Antioquia, es una población de 1,000 almas; bastante mal sano y de escasos recursos. Mal se encontraría allí el viajero, si no hallara asistencia de la casa de «Salazar y Alvear.» El jefe de la casa que en este punto se encuentra, es el doctor José Jesus Alvear, sugeto caballeroso, lleno de talento, afable en su trato y muy obsequioso. Nare tiene, por su posición, un bello porvenir. Hoy pertenece al Estado de Antioquia.

en Medellín son noches de amantes y ruiseñores, como dice al autor de *Antony*.

En Medellín se tiene gusto por las quintas: son tan bellas como las *villas* italianas ó las *country-seats* de los ingleses. La elegancia y lo *comfortable* se hallan en ellas, agregándose á esto lo delicioso del clima y la riqueza de la vegetación. Los salones están suntuosamente adornados; las galerías y corredores son amplios; las huertas están cuidadosamente arregladas, campeando en ellas, entre otros árboles frutales, los lujuriosos mangos, que se doblan bajo el peso de sus frutos; los coquetísimos madroños, los fragantes limoneros y naranjos, elevándose en medio de todos, esbelta y elegante, la melancólica palma de la Habana. Por un contraste singular, al lado de esas galas intertropicales, los medellinenses aman mucho introducir en tal cortejo el tristísimo ciprés, que llora en medio de tanta alegría: acaso esos señores, por sentimiento artístico, busquen la belleza en los contrastes. Los jardines no son menos hermosos que las huertas, brillando en tan rico pensil, la rosa, el lirio, la camelia, la fantástica flor de «el Espíritu Santo,» que tiene la forma de una palma, y alzándose como reina de todas, la preciosa flor que llaman arizá, de lindos pétalos, largos pistilos y aroma embriagador; flor es esta tan ancha y tan hermosa, que está llamada á rivalizar á la galana *Victoria-flower*, que hoy se lleva todos los honores en Inglaterra.

En medio de todos esos árboles y flores, se encuentra el baño bien cómodo y espacioso, presto á llenarse cuando se quiera con el agua más cristalina, y colocado bajo el frondoso ramaje de mangales y tamarindos. Al gozar de vista tan arrebatadora, al aspirar con deleite el perfume de las flores, de repente queda el oído hechizado con el dulce canto del galante toche que enamora su pareja sobre la copa de algún árbol vecino, ó del belicoso turpial que canta alegre entre su dorada jaula, sin echar de menos el aire de las costas donde alzó su primer vuelo. Y para completar tan edénica visión, el visitador de la quinta, que al principio no había visto sino á sus cortesanos dueños, encuentra, sorprendido con placer, alguna bella de quince años, más lozana y hermosa que la Margarita del *Fausto*. Byron decía, que para ver graciosas mujeres y comer sabrosas naranjas, era preciso ir á Sevilla: si el autor de *Don Juan* hubiera visitado á Medellín, habría dicho que era una segunda Sevilla, por la gentileza de sus mujeres y lo azucarado de sus naranjas.—Al pasar, cuando ya dejábamos la quinta, bajo la sombra de los últimos naranjos y limoneros, mis labios repetían involuntariamente la melancólica canción:

« Connais-tu la contrée où les citrons mûrissent? »

canción que evocaba en mi memoria todo un mundo de recuerdos.

Esa misma tarde, después de haber tomado algunas copas de champaña con algunos buenos amigos, uno de ellos me pidió que hiciera unos pocos versos á Medellín. Tomé un lápiz, y en las hojas de su cartera tracé las estrofas que van á seguir, y que se resienten de la precipitación con que se hicieron:

A MEDELLIN.

¡ Salud! Medellín, del encanto morada:
Tus valles deleitan, anima tu sol;
Cual maga te muestras gentil reclinada
Al pie de tus cerros, guardianes de amor.

Trasunto pareces de Italia la bella:
Natura galana se exhibe de quier;
¡ Ciudad adorada! brillante tu estrella,
Te llama de América á ser el Eden.

Las altas montañas riquezas te ofrecen,
Las linfas murmurarán sobre oro al correr;
Feraz es tu suelo, tus árboles crecen
Con sombra y con fruto brindando el placer.

De un bardo pareces ensueño adorado,
Que al son de su lira tus formas tomó;
Tu clima, tus sierras, tu cielo estrellado,
Mi mente extasiada jamás concibió.

Seduces en tus bellas su grata sonrisa,
Su claro talento, sus gracias sin par;
Su aliento de aromas impregna la brisa,—
Sus labios parecen de rosa y coral.

Su acento argentino deleita, arrebatada,
Semeja las notas de fino laud;
Mi pecho atristado de amor se dilata,
Al ver en sus ojos brillar la virtud.

Tus nobles matronas, ciudad encantada,
Hubieran honrado la eterna ciudad:
Son prez de mi patria y honor de Granada,—
De esposas y madres dechado cabal.

Valientes tus hijos un tiempo lucharon
Por ver en Granada del libre la luz;
Y patria y bandera por fin nos legaron,
Tras lides sangrientas por Norte y por Sud.

¡ Ciudad industrial! tus hijos revelan
Constancia, firmeza, talento á la vez;
Tus bellos destinos los ángeles velan,
Y presto tus valles serán el Eden.

Te amaba sin verte; te ví — ya te adoro;
De tí me separo por siempre quizás;
Ya eleve mis cantos, ya vierta mi lloro,
Tu bien y tu dicha mi dicha será.

Los medellinenses, como el resto de los antioqueños, son laboriosos, activos, inteligentes. Se dan en general

al comercio, á la agricultura y á la minería; pero poco á las ciencias y á la literatura; sin embargo, los que á ellas se han dedicado, se han distinguido entre los primeros. Medellín tiene la alta honra de ser la patria del célebre Francisco Zea, cuyo nombre es conocido ventajosamente en Europa. La educación primaria está bastante extendida en esa ciudad, pues hay abundancia de escuelas. El Estado cuenta con cinco colegios, y en Medellín se dictan hoy lecciones de química, por un hábil profesor, que tiene á su disposición un rico laboratorio. La prensa poco ó nada trabaja en esa ciudad, y hasta hoy han pegado mal las publicaciones periódicas.

(Se concluirá.)

ENDIMION.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Todavía no se sabe nada sobre modas nuevas. — Las tuinas de invierno. — Los elegantes en forma de campana. — De la carestía del terciopelo y de su boga. — Steeple-chase de vanidades y ridiculeces. — Telas nuevas para pantalones y paletós. — Siguen las bandas en los pantalones. — De los botones á la moda. — Pantalones á la inglesa. — Diferentes trajes de caza. — El cazador Luis XV; el cazador aficionado; el cazador formal; el cazador intrépido y el cazador bonachon. — El traje blanco á la moda. — Corbatas sentimentales y pretenciosas. — Historia de una moneda de 50 céntimos. — Descripción del figurín de este número que contiene un traje de caza y dos de fantasía.

Nada tengo que decir en cuanto á modas nuevas. Hasta octubre no principian á salir á luz las novedades. Ahora se inventa y se discute; se hacen modelos que suelen no tener más que un par de ejemplares, y que caen después de su aparición porque quisieron ser demasiado originales. Se pretende que las tuinas de este verano seguirán á la moda en este invierno sin más que cambiar su tela ligera por chinchilla, paño ó edredon. Advertiremos que el hombre que lleva una de estas prendas que son muy anchas y tienen mucho vuelo, parece que se mete bajo una campana. Se dice también que los cuellos y las solapas llevarán tapa de terciopelo, por la razón de que el terciopelo está muy caro.

Para vestido casero se anuncia igualmente la bata de terciopelo. Y sin embargo, el terciopelo tiene un precio fabuloso. Es verdad que lo mismo sucede con la sedería y aun con las telas de lana. Pero lejos de aminorarse el lujo, se diría que hay un «steeple-chase» de variedades y ridiculeces, y que cuanto más aumenta el lujo, más afán de figurar tenemos todos.

Hay muchas telas nuevas, aunque todavía no han salido á luz las prendas del otoño. Lo más notable hasta hoy es la banda tejida al lado, bandas que son idénticas á las que se han llevado los años anteriores, aunque se ven menos. Las bandas de cuadros se hallan completamente abandonadas.

El gusto se inclina más bien al género sencillo y modesto, y se ven muchas telas de cuadritos lisos y en relieve, muchas mezclillas y telas de puntitos para trajes completos de mañana.

Para pantalones de vestir se llevan telas lisas ó estampadas, siempre con bandas.

Las telas de paletós son el tricot, la uatina y el edredon labrado.

El chinchilla se reserva, según dicen, para las prendas anchas.

Ninguna prenda elegante se ribetea; se prefiere el borde abierto con pespunte.

En cuanto á los botones hay una variedad infinita sobre todo en los de seda. Sin embargo, se prefieren los que son lisos ó casi lisos. En los paletós anchos y en las prendas obligatorias para salir del teatro ó del baile se pondrán botones labrados de 25 milímetros; en los de paseo el tamaño será de 23 á 24 milímetros.

Para levitas á la inglesa y casaquillas de por la mañana los botones no tendrán más de 22 á 23 milímetros, en tanto que para los fracs de vestir, el género de los botones será liso, sean de granadina de seda ó de lasting. Su tamaño 21 milímetros.

Los pantalones se llevan más que nunca á la inglesa anchos y derechos, de igual anchura por abajo que por las rodillas.

Tales son las primeras novedades de otoño.

Los trajes á la orden del día son los de caza, los de baños de mar y de campo.

Los trajes de caza varían en razón de los cazadores.

La caza es uno de los ejercicios de la gran vida social de otro tiempo, que ha caído en nuestros días en un pro-saismo deplorable.

El cazador de gorriones ha destruido la cetrería y la montería de otras épocas. Sin embargo, en algunos puntos de la Francia, en el fondo de algunas provincias del Norte hay aun en algunos grandes dominios de personajes nobles grandes cacerías dignas de la librea y del traje de nuestros antepasados.

Por consiguiente existen muchos trajes de caza, según los cazadores, á saber:

El cazador Luis XV; — el cazador aficionado, — el cazador formal; — el cazador intrépido que penetra en los pantanos, y el cazador bonachon.

El cazador Luis XV es el que asiste á las cacerías imperiales.

El cazador aficionado se viste con muchas pretensiones; hace de la caza una diversion elegante, y tira á una perdiz para ejercitarse la mano.

El cazador formal se pone un traje de terciopelo rayado con polainas y calzado grueso y una gorra de hule. Este no quiere lujo, tiene pasión á la caza y pasa días enteros cazando.

El cazador intrépido lleva un par de botas formidable. A este nada le detiene, se arroja con valor en el fango como un contrabandista, y por eso su traje es de los mas sencillos.

El cazador bonachon no es cazador mas que de nombre. Sale como á paseo, con su traje ordinario, levita y pantalón de hilo y el panamá correspondiente.

Los trajes de baños de mar y de campo son muy variados y muy elegantes. El traje blanco completo se lleva mucho, pero es preciso que tenga buenos accesorios, buena camisa, corbata de gusto, etc. Los elegantes llevan corbatas de granadina, con una sortija de pelo hecha por Lemonnier.

No necesito decir que esas corbatas son muy pretenciosas, y que las sortijas de pelo tienen una significacion poética. Hay que tener veinte años y todas las ilusiones de la juventud para llevar semejantes corbatas.

Si los trajes del dia dan á un criado la apariencia de un conde, cambian igualmente en un cualquiera á todo un personaje.

Termino con una aventura que le ha sucedido al duque de Montemart en las aguas de Bareges.

El omnibus del camino de hierro trae cada dia varias series de viajeros, y los que llegan antes se divierten en ver cómo se apean los últimos.

El duque de Montemart estaba en la puerta de la fonda sin nada en la cabeza y con su chaquetilla blanca cuando se presentan un hombre y una mujer.

— Mozo, dice la dama, toma mi saco de noche y llévale al cuarto que te indicarán.

Y al mismo tiempo le ponía en la mano una moneda de 50 céntimos.

— Muchas gracias, señora, responde riendo el duque de Montemart, y entra el saco de noche en la fonda.

En breve la moneda de 50 céntimos fué objeto de conversacion en todo el pueblo. La sociedad aristocrática celebró mucho el lance, y en cuanto al duque se le ocurrió una idea luminosa.

— Juguemos una guerra, dijo á sus amigos, yo pongo mis 50 céntimos á ver si me dan suerte.

El duque ganó constantemente, y aquella noche el alcalde de Bareges recibía una suma de 200 francos para los pobres.

Habia olvidado decir que la dama de los 50 céntimos era una vinatera.

Nuestro figurin representa trajes de fines de temporada que podrán servir para otoño. El primero es de estilo Luis XV; es un cazador de la corte. Compónese de un casacon de paño gamuza, cortado derecho y guarnecido sobre el delan-

tero con dos hileras de presillas de galon de oro y plata; el mismo galon guarnece toda la casaca, las bocamangas y los bolsillos de las caderas, el interior se forra de seda blanca. Chaleco del mismo género ajustado al talle por el interior. Calzon de piel de gamo largo y ajustado, botas de campana y sombrero de picos galoneado.

A este traje acompañan otros dos muy distintos; son trajes ordinarios.

El que encontramos despues del cazador es un traje de estío para el campo, de un aspecto completamente de fantasía. Se compone de un pequeño paletó de alpaga rayado, forrado de seda ligera por dentro; este paletó se abotona á voluntad; solo lleva tres botones.

Chaleco y pantalón de hilo blanco, el chaleco de chal bien abierto; el pantalón á la húsar con trabillas.

Por último, vemos otro vestido no mas elegante, pero sí mas conveniente para visitas ó para comidas: consta de un frac á la francesa con un solo boton abotonado, con cuello y solapas reducidos. Talle justo, carteras en las caderas y mangas sin bocamangas.

El chaleco puede ser de valencias, de piqué ó de hilo como el pantalón, de chal abierto y de un largo regular.

Pantalón de hilo rayado con bandas, ancho y sin trabillas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Mapa del Punjab ó reino de Lahora.

El nombre de Punjab se deriva de dos palabras persas: *punj*, cinco, y *ab*, agua, á causa de los cinco rios que le atraviesan. Cuatro de estos rios son afluentes del Indus, que despues de haber reunido todos sus tributarios, deja las altas tierras del Punjab y atraviesa la vasta llanura del Sind para entrar en el Océano indio. El Punjab abraza 5°20' en longitud del Este al Oeste, del Sutlege al Indus, y 4°45' en anchura del Sur al Norte. Los dos rios, el Indus y el Satlege, y las montañas de Cachemira forman sus límites naturales; pero políticamente la frontera occidental ha sido llevada mas allá del Indus puesto que el Peshawer forma parte hace años del reino de Lahora.

Basta examinar el mapa de esa comarca para conocer las inmensas ventajas que su conquista ofrecia á la Inglaterra. Inmediatamente al Norte de la conquista del Sind se encuentra en la misma demarcacion geográfica; surcada por grandes rios ofrece fáciles medios de comunicacion, y se presta á todas las especulaciones del comercio y de la industria. El Punjab no solo produce lo que se halla en las otras comarcas de la India, sino que su situacion comercial es tal que aun en medio de los horrores de las guerras civiles, los derechos de tránsito percibidos sobre las mercancías del Afghanistan fueron siempre uno de los ramos considerables de sus rentas. Sabido es además que el Punjab fué siempre célebre por sus manufacturas de sederías, algodones, pieles, armas y chales. Estos dos últimos ramos de su comercio que pertenecen mas particularmente á la provincia de Cachemira, sobrepujan por la fineza del trabajo todos los artículos de ese género de las otras partes de la India. El clima es tambien mas sano. Como es la comarca mas setentrional y está resguardada por las altas montañas del Thibet la temperatura ordinaria es de 20 grados menos que la del resto del Indostan.

Para darse cuenta de la situacion de este pueblo, de su espíritu y de sus disposiciones, es necesario echar

una ojeada sobre su historia desde hace un siglo, estudio que no carece sin duda de interés en las actuales circunstancias.

dos que reconocian aun la autoridad del gobernador de Lahora, pero que en breve cuando la invasion de los Afghanes en 1748, se hicieron enteramente independientes. Una vez separados del imperio aquellos pequeños principes arrastrados por su ardor belicoso, no tuvieron otra ocupacion que la de combatir entre sí con encarnizamiento. La esperanza de fundar un estado poderoso en el Punjab exaltaba á los mas audacios. Durante veinte años fué aquello una lucha terrible en la que muchos de los principes ambiciosos quedaron muertos ó arruinados en provecho de dos rajas mas hábiles, mas valientes ó mas afortunados que sus rivales. Uno de ellos era Maha-Singh, padre del célebre Runjet-Singh, y que á su muerte en 1792 dejó á su hijo un territorio considerable y un ejército capaz de defenderle y de ensancharle.

Runjet-Singh supo sacar un gran partido de aquellos recursos. La historia de este hombre extraordinario, la habilidad con que supo apoderarse del gobierno de todo el Punjab, sus relaciones con los demas Estados del Indostan, sus victorias sobre los ingleses á quienes obligó á respetar la independencia de su país, y por último, su administración interior y el modo que tuvo de organizar y disciplinar sus tropas, todo este cuadro vivo y animado de la accion de un hombre superior sobre un pueblo daría materia para un volumen interesante, y no puede caber en el reducido espacio de que disponemos.

Pero desgraciadamente Runjet-Singh vino á morir en 1839, y sus sucesores, lejos de secundar su grande obra, la minaron por sus cimientos hasta que el Punjab succumbió á los ingleses al cabo de una guerra larga y muy llena de peripecias. En el dia el Punjab sigue fiel á los dominadores que tienen fe y confianza en la sumision de sus habitantes por la animosidad de estos contra los cipayos. El Punjab tiene de siete á ocho millones de habitantes.



A mediados del siglo último el Punjab formaba parte del gran imperio de los Mogoles y estaba gobernado por un virey, cuya residencia era Lahora. Es probable que los vejámenes de aquel gobernador excedían mucho las instrucciones que recibía de Delhi, pues el yugo del emperador era odioso á los habitantes, y particularmente á esa parte fanática de los sikhs que aborrece á los musulmanes. Pero el Punjab no tardó en hacerse independiente. La invasion de Nadir-shah fué la primera ocasion que tuvieron los sikhs para sacudir el yugo imperial. Bajo la corta dominacion de este principe persa, el país se dividió en una porcion de cortos principa-

sobre un pueblo daría materia para un volumen interesante, y no puede caber en el reducido espacio de que disponemos.

Pero desgraciadamente Runjet-Singh vino á morir en 1839, y sus sucesores, lejos de secundar su grande obra, la minaron por sus cimientos hasta que el Punjab succumbió á los ingleses al cabo de una guerra larga y muy llena de peripecias. En el dia el Punjab sigue fiel á los dominadores que tienen fe y confianza en la sumision de sus habitantes por la animosidad de estos contra los cipayos. El Punjab tiene de siete á ocho millones de habitantes.